¿Tienen razón las mujeres?

|.

PABLO PARELLADA

¿Tienen razón las mujeres?

COMEDIA EN UN PRÓLOGO
Y TRES ACTOS, EN PROSA



V. RICO: MADRID
Paseo del Prado, 30

1919

¿TIENEN RAZON LAS MUJERES?



PABLO PARELLADA

¿TIENEN RAZÓN LAS MUJERES?

COMEDIA EN UN PRÓLOGO
Y TRES ACTOS, EN PROSA

Estrenada en el Teatro Infanta Isabel
el día 17 de Febrero de 1919



V. RICO.—MADRID
PASEO DEL PRADO, NÚM. 30

1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Alexandra (30 años)	María Gámez.
Elsa (20)	M. Luisa Moneró.
Celes (20)................	Carmen Posadas.
Doña Petra.............	Rafaela Lasheras.
Paula (45)	Juana Man[illegible].
Tomasa..................	Blanca Jiménez.
Arnoldo Cifuentes (30) ..	José G.ª Aguilar.
Don Paco Blanes (45)...	Rafael Ramírez.
Felipe (25)...............	Francisco Alarcón.
Don Dionisio Cifuentes.	Enrique Navas.
Don Patricio Usandevaras..................	Eliseo Sanjuán.
Don Jacobo.............	José del Portillo.
Ramón de Avilés (25)...	Alfonso Tudela.
Virgilio..................	Antonio Estévez.
Vizconde de San Roque (25)................	Pedro Oltra.
Anselmo (20)............	Enrique Navas (hijo).
Criado...................	Enrique Leyva.

La acción del prólogo, en Madrid; la del resto de la comedia, en la andaluza y supuesta ciudad de Alcalá de los Infantes.

ÉPOCA ACTUAL

INDICACIONES, DEL LADO DEL ACTOR

PRÓLOGO

Despacho elegante. Una puerta a cada lado. Librería, mesa de despacho, escribanía, perchero de pie, papeles, libros de anotaciones, sillón, timbre. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON PATRICIO sentado a la mesa. En seguida CRIADO, por la derecha.

CRIADO

¿Se puede?

PATRICIO

(Señor de 60 años, tipo fino, atildado y simpático; flor en el ojal.)

Adelante.

CRIADO

Señor.

PATRICIO

¿Qué ocurre?

CRIADO

Una visita.

PATRICIO

¿Quién es?

CRIADO

Un caballero que desea hablar con usted. ¿Le digo que pase?

PATRICIO

Sí, pero espera.

(Toma guantes que estarán sobre la mesa, y, precipitadamente, el bastón y el sombrero del perchero.)

CRIADO

Me permito hacer observar al señor que no es necesaria esa precaución.

PATRICIO

¿Por qué?

CRIADO

Porque no se trata de un desconocido, sino de un cliente de la casa.

PATRICIO

Ah, entonces que pase.

(Vase el criado. D. Patricio deja bastón y demás.)

ESCENA II

DON PATRICIO, por la derecha don JACOBO

JACOBO

(Es tuerto del derecho, nariz prominente y bastante roja, resultando una cara de las que no se olvidan una vez vista.)

Muy buenos días.

PATRICIO

Felices. Tenga la bondad de tomar asiento.

JACOBO

Con permiso.

(Se sientan.)

Señor director; yo estuve aquí hace unos días con el objeto de que esta Agencia de su digna dirección me proporcionase una esposa. ¿No recuerda usted de mí?

PATRICIO

¿Pues no me he de acordar? Yo soy muy mal fisonomista, pero a usted le recuerdo perfectamente.

JACOBO

Lo cual, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir, por desgracia, que mi cara es de esas que no se olvidan.

PATRICIO

Así es, en efecto; mas no porque su cara contenga nada antiestético.

JACOBO

Es favor.

PATRICIO

Es justicia; tanto es así que, al hacerme, la esposa que se le ha buscado, una discreta observación diciéndome que yo le proporcionaba un marido crepuscular...

JACOBO

¿Crespuscular? ¿Dijo crepuscular?

PATRICIO

Sí, señor; por no decir «tuerto»; «entre dos luces».

JACOBO

Ya.

PATRICIO

Yo la objeté: Ah, no es el *dos* la suprema belleza, sino el *uno:* Observe, señora, que el brillante más hermoso, como solitario se engarza.

JACOBO

Aplastante.

PATRICIO

Y terminé presentándole este libro.

JACOBO

¿Qué es?

PATRICIO

La teogonía de Hesíodo, en la cual este poeta de la Grecia antigua demuestra que, muchas veces, la mitad vale más que el todo.

JACOBO

¡Caramba! ¿Que la mitad vale más que el todo?

PATRICIO

Sí, señor.

JACOBO

Eso sería en tiempo de Epaminondas.

PATRICIO

Y en los tiempos presentes.

JACOBO

A ver, dígame usted un caso.

PATRICIO

¿Qué años tiene usted?

JACOBO

Cincuenta.

PATRICIO

Si tuviera usted veinticinco valdría usted mucho más.

JACOBO

Definitivo. Ahora tenga la bondad de mostrarme el retrato de mi presunta esposa.

PATRICIO

Esta Agencia no se vale de retratos. Le anticiparé algunos detalles. ¿Se apellida usted?

JACOBO

Vistahermosa.

PATRICIO

Ah, sí; Vistahermosa.

(Toma libro de anotaciones.)

CRIADO

(Por la derecha.)

Señor; un caballero pregunta por usted.

PATRICIO

¿Le conoces?

CRIADO

No, señor; esta es la primera vez que viene.

PATRICIO

Que tenga la bondad de esperar un momento.

(Vase el criado.)

PATRICIO

Vamos a ver.

(Lee en el libro.)

«Vistahermosa, don Jacobo.»

JACOBO

Servidor.

PATRICIO

(Lee.)

«Cincuenta años. Bien conservado, simpático

y crepuscular.» Pone «crepuscular» porque esta Agencia no anota los defectos de un modo grosero, sino delicadamente, con eufemismos.

JACOBO

Muy bien.

PATRICIO

(Lee.)

«Condiciones que desea en su esposa: Primera: poco amiga de diversiones. Segunda: poco habladora, y tercera: que sea mujer de su casa.»

JACOBO

Eso es.

PATRICIO

«Esposa indicada: doña Perfecta Carrascal; edad, cuarenta y cinco primaveras.»

JACOBO

Muchas primaveras me parecen.

PATRICIO

Si la primavera es hermosa, dos primaveras lo serán doblemente; y cuantas más primaveras, más hermosura.

JACOBO

No está mal. Siga usted.

PATRICIO

«Circunstancias personales: Dos estrellas.»

JACOBO

¿Cómo es eso?

PATRICIO

Dos estrellas;

(Indica sordera.)

teniente. Ya le he dicho que aquí estas cosas se anotan con eufemismos.

JACOBO

¡Caracoles!, ¡sorda!

PATRICIO

Lo que usted pidió: poco amiga de diversiones; así no tendrá usted que llevarla al teatro ni a conciertos.

JACOBO

Es verdad. A ver, qué más.

PATRICIO

«Pastel callado.»

JACOBO

¿Es confitera?

PATRICIO

Pastel... callado...: tarta... muda.

JACOBO

¡Tartamuda!

PATRICIO

Poco habladora; lo que usted desea.

JACOBO

Adelante.

PATRICIO

«Formas exuberantes y pierna bien torneada.»

JACOBO

Eso ya me gusta.

PATRICIO

Quiere decir que tiene una pierna elaborada a torno: de madera.

JACOBO

¡Coja!

PATRICIO

¿No quería usted una mujer de su casa? Así saldrá muy poco y no irá a los bailes. En resumen: Los que para otros serian defectos, para usted son perfecciones. Su prometida tiene escasa inteligencia, y esto es a lo único que podría usted poner algún reparo; pero amigo mío, no hay que ser exigente: se trata de una viuda muy agradable.

JACOBO

¿Y viuda, por añadidura?

PATRICIO

Viuda, sí, señor; pues esa es la suerte de usted.

JACOBO

¿Suerte?

PATRICIO

Y mucha; todo el mundo prefiere ser el segundo marido de una viuda, mejor que el primero. Póngase usted en el caso del primer marido: a ver, ¿dónde estaría usted ahora? Debajo de tierra.

JACOBO

¡Caramba! Tiene usted unos razonamientos que apabullan. Ya se conoce que ha leído usted

a los sabios de Grecia. Pero, viuda y con tanto alifafe... yo... francamente.

PATRICIO

(Lee.)

«Nota: es una mujer virtuosa y posee dos casas en Madrid...

JACOBO

(Rápido.)

¿Cuánto rentan?

PATRICIO

.... que rentan más de mil pesetas mensuales.

JACOBO

Mire usted, señor director: yo no he leído los poetas griegos, pero ha dicho usted «virtuosa» y basta; yo sé que la virtud es la mayor de las perfecciones, y acepto a esa doña Perfecta a cierra ojo.

PATRICIO

Muy bien; mañana mismo será usted presentado a ella por uno de mis auxiliares.

(*Toca timbre y entra el criado.*)

JACOBO

Pues hasta mañana; quede con Dios.

PATRICIO

(*Al criado.*)

Acompaña al señor.

CRIADO

Dice el caballero que está en la antesala que si no se le recibe pronto se marcha.

PATRICIO

Que pase.

(*Toma guantes, bastón y sombrero, como antes, y dice aparte.*)

Será algún pelmazo.

ESCENA III

DON PATRICIO, por la derecha ARNOLDO

ARNOLDO

(*Tipo receloso, de sonrisa sarcástica.*)

Buenos días.

PATRICIO

Felices, señor de Cifuentes.

ARNOLDO

Por lo visto, iba usted a salir.

PATRICIO

No, señor; acabo de llegar.

(Deja bastón y demás.)

ARNOLDO

Conozco el procedimiento.

PATRICIO

¿Cuál?

ARNOLDO

Yo hago lo mismo que usted: así que me anuncian una visita, tomo guantes, sombrero y bastón; si es una persona latosa, es que voy a salir; si es persona agradable, acabo de llegar de la calle.

PATRICIO

Yo le he dicho que acabo de llegar; esto le demostrará el agrado con que le recibo.

(Aparte.)

Vaya un punto.

ARNOLDO

(Papel.)

Supongo será de usted este escrito:

(Lee.)

«Mister Agen besa la mano a don Arnoldo Cifuentes y le ruega le indique hora para pasar a su domicilio y tratar de un asunto que le interesa.»

PATRICIO

Y usted ha sido tan amable que se apresuró a venir.

ARNOLDO

Para decirle que este asunto no me interesa a mí, sino a usted. Todo telegrama urgente es de urgencia para quien lo pone, no para el que lo recibe. Lo mismo sucede con este asunto: a quien interesa es a usted, señor de... ¿cómo?

PATRICIO

Mister Agen; ya lo ha visto usted en el besalamano.

ARNOLDO

Sí; mister Agen dice aquí y mister Agen pone en la puerta de la escalera; pero como ni usted es inglés ni tiene tratamiento de mister, sospe-

cho que mister Agen es una contracción, una abreviatura de «Misteriosa Agencia».

PATRICIO

Sí, señor; esto es una Agencia matrimonial, y mi nombre Patricio Usandevaras.

ARNOLDO

Ya ve usted cómo a quien interesaba el asunto era a usted y no a mí, señor de Usandevaras.

PATRICIO

A los dos, señor de Cifuentes.

ARNOLDO

Lo dudo.

PATRICIO

Tenga la bondad de tomar asiento.

ARNOLDO

Lo que voy a tomar es la puerta. A mí no me casa usted por mucha que sea su sagacidad. De modo que si pensaba usted negociar conmigo endosándome alguna cursi con dinero, ha perdido el tiempo lastimosamente. Eche sus redes a otro menos corrido que yo: he tratado muchas mujeres; sufrí crueles desengaños; tengo callosidades en el corazón; estudié el mundo, y sé que el matrimonio es el egoísmo a dúo, una comedia entre dos.

PATRICIO

Entre dos que se aman.

ARNOLDO

Que se aguantan y fingen amarse: el amor no existe.

PATRICIO

Está usted en un error, señor de Cifuentes; la mujer es todo corazón y ama siempre; y en el mundo sólo hay dos cosas perfectas: la mujer y la rosa.

ARNOLDO

Después de los desengaños sufridos, para mi la mujer es un defecto de la Naturaleza.

PATRICIO

¡Jesús, qué blasfemia! ¿De modo que usted no se casaría ni con la diosa Venus?

ARNOLDO

Jamás; la mujer hermosa, por lo deseada, ofende a la virtud.

PATRICIO

¿Y la fea?

ARNOLDO

Ofende a la vista.

PATRICIO

¿Y la rica?

ARNOLDO

Por ser ella más rica, perdería yo mi libertad. Yo sería su criado.

PATRICIO

¿Y la pobre?

ARNOLDO

Me obligaría a dividir mi bolsillo con ella; cada peseta se me convertiría en dos reales. No se canse usted: para mí, el celibato es el camino recto y seguro para llegar al cielo.

(Medio mutis derecha.)

PATRICIO

Un momento. No le he llamado a usted para casarle sino para todo lo contrario.

ARNOLDO

Lo contrario sería descasarme, y como soy soltero, no ha lugar.

PATRICIO

Tenga la bondad de sentarse; se lo suplico.

ARNOLDO

Bien, pero a la menor indicación de matrimonio le dejo a usted con la palabra en la boca.

PATRICIO

(Se sienta.)

(Toma dos puros.)

¿Quiere usted un puro?

ARNOLDO

Venga.

PATRICIO

Espere que lo escoja... éste.

(Le da uno.)

ARNOLDO

Yo hago lo mismo que usted: escojo el peor para endosárselo al amigo.

PATRICIO

¿Me cree usted capaz de escogerle el peor?

ARNOLDO

Sí, porque este cigarro es de 30 céntimos.

PATRICIO

Perdone usted; es de 20.

ARNOLDO

Y diez que me gastaré en fósforos, 30.

PATRICIO

Es usted atroz. Pues bien, querido Cifuentes; yo le conozco a usted del casino, donde le he visto perder grandes cantidades con una tranquilidad pasmosa.

ARNOLDO

Sí; le llevo derrochada una fortuna a mi padre. ¡Pse! no me importa; el dinero es otra mentira.

(Saca un duro.)

PATRICIO

¿Será usted capaz de decir que este duro es una mentira?

ARNOLDO

Redonda: si no lo gasta, es como si no lo tuviera; si lo gasta, se quedará sin él. Para mí no existe ni el dinero, ni el amor, ni el placer, ni el mundo en que vivimos.

PATRICIO

¿Tampoco existe el mundo?

ARNOLDO

Si todo nace para morir, para desaparecer

convertido en polvo, el mundo es como si no existiera.

PATRICIO

Es usted el espíritu de la negación, como el ángel de las tinieblas que se rebeló contra la verdad. En fin: usted es un joven de talento, bien relacionado y recibido en todos los centros y salones aristocráticos, y los asuntos de que yo podría encargarle, además de proporcionarle pingües ganancias, le aliviarían de su aburrimiento.

ARNOLDO

Los asuntos de usted tienen visos de tercería y me repugnan.

PATRICIO

La misión de usted se reduciría a conquistar la amistad de uno de los dos factores del producto y presentarlo al otro; conseguido esto, ellos acaban por escribir el signo de multiplicar, es decir, por amarse.

ARNOLDO

La proposición de usted me ofende. Hemos terminado.

(Se levanta.)

PATRICIO

Bien; no insisto; pero permítame demostrarle que no fué mi ánimo ofenderle: En el casino

ví que era usted amigo de un joven llamado Ramón de Avilés.

ARNOLDO

Sí; un muchacho inocente y bueno, según dicen; yo no creo en la inocencia ni en la bondad de nadie.

PATRICIO

Pues bien: necesita casarse con una chica millonaria.

ARNOLDO

¿Ve usted como Ramón no es tan bueno como parece? Quiere casarse por dinero, o, lo que es lo mismo, vender su alma al diablo.

PATRICIO

No es cosa suya, sino de sus padres, que me han dado la comisión de buscarle una chica millonaria, pero sin que él se entere. Y yo deseaba que usted le presentase a una señorita rica de las muchas que usted conoce; nada más.

ARNOLDO

¿Ramón Avilés, una chica millonaria? Pretender eso en Madrid es como si yo quisiera morderme el cogote.

PATRICIO

En previsión de que no la consiga en Madrid, ya tengo anotadas unas millonarias de provincias.

(Toma libro anotaciones.)

ARNOLDO

Es curioso.

PATRICIO

Si le digo a usted que es divertidísimo.

(Lee.)

«Bilbao. Pepita Arrigomendi: Altos hornos. Barcelona. Marieta Busquets: fábrica de butifarras. Alcalá de los Infantes: sobrina de Paco Blanes. Valladolid...

ARNOLDO

Oiga, oiga: ¿ha dicho usted «Alcalá de los Infantes?»

PATRICIO

Sí.

ARNOLDO

Mi pueblo.

PATRICIO

¡Hombre! ¿Es usted de Alcalá de los Infantes?

ARNOLDO

Sí, señor; y le han informado mal; me consta que en mi pueblo hay muchas jóvenes y muy bonitas, pero ninguna es millonaria. Y en cuanto a Paco Blanes, es un pobre cómico de la legua, del que nadie hace caso, ni sé que tenga sobrina alguna.

PATRICIO

Sí; dentro de una semana llega de Nueva York una sobrina suya inmensamente rica. La noticia ha caído allí como una bomba.

ARNOLDO

Ya estoy viendo a todos los jóvenes buscando la amistad de Paco Blanes.

PATRICIO

Es de suponer.

ARNOLDO

¡Los señoritos de mi pueblo! Los conozco muy bien: la jaca, la juerga y una esposa rica que los mantenga. Andarán a puñaladas por la sobrina de Blanes. Los veo revolotear alrededor de ella, como gorriones hambrientos en día de nevada. Será divertido el verlo.

PATRICIO

Divertidísimo.

ARNOLDO

Hombre, estaba por ir a mi pueblo.

PATRICIO

Podría usted dar una prueba de amistad a su amigo Ramón de Avilés.

ARNOLDO

No creo en la amistad; de ir, no sería por hacer bien a nadie, sino por reventar a los señoritos de mi pueblo.

PATRICIO

¡Oh!, el daño que podría usted hacerles...

ARNOLDO

Voy; pero no comisionado por usted, sino por mi gusto: como deporte.

PATRICIO

Como usted quiera.

ARNOLDO

Corro a buscar a Ramoncito; le convido a pasar conmigo una temporada en Alcalá de los Infantes, y desharé la combinación a esos señoritos.

PATRICIO

Tendrá usted un éxito, porque usted es un lince, casi un adivino.

ARNOLDO

No soy adivino: conozco la Humanidad nada más.

PATRICIO

Amigo Cifuentes, tengo la seguridad de que Ramón de Avilés se casará con la sobrina de Blanes.

ARNOLDO

Ya es cuestión de amor propio. Adiós, señor de Usandevaras.

(Vase izquierda.)

PATRICIO

Adiós, Cifuentes.

(*Aparte.*)

¡Magnífico! Mi Agencia tendrá un éxito.

(*Se sienta a escribir.*)

TELON

ACTO PRIMERO

Jardín. A la izquierda, casa practicable. Tapia con entrada, al frente. Es una antigua finca. La casa tiene más de confortable que de elegante. Esta y la tapia están, en parte, recubiertas de hiedra y otras plantas trepadoras. Tiestos de flores en las ventanas. Todo ello lo más poético posible. Asientos de mimbre. La puerta del frente está abierta, y a través de ella se ven las últimas casas de Alcalá de los Infantes. Es una calurosa tarde del mes de Junio.

ESCENA PRIMERA

Sale don PACO, de la casa; luego ANSELMO por la derecha.

PACO

(*Señor de unos 45 años, bien conservado, dicharachero y guasón*) (*Dice mirando hacia la derecha*): (*Aparte.*)

Ya está aquel pirandón allí plantao, sín hacer na.

(*Llama.*)

¡Ansermo! ¡Ansermito!

ANSELMO

(*Dentro.*)

¡Mande, señó!

PACO

¿Es así como ganas el jornal, prenda? ¡A ver si voy y te rompo un hueso. hijo de mi arma!

ANSELMO

(*Hortelano*) (*Saliendo.*)

No me riña usté, don Paco, que no hay motivo.

PACO

¿Cómo que no hay motivo? Hase un cuarto de hora que te veo plantao sin cavar tierra.

ANSELMO

No cavo la tierra porque hasta pasao que se pase un rato no me puedo agachar.

PACO

¿Por qué?

ANSELMO

Por lo que he tragao.

PACO

¿Es que te has tragao el mango de la escoba?

ANSELMO

Es que, como hoy es el cumpleaños de su sobrina de usted, la señorita Paula, la señorita Paula, su sobrina de usted, me acaba de orsequiar con una merienda de las de viva España; ya ve usté: er saco lleno no se pué doblar.

PACO

Pues antes de merendar te he visto tumbao a la larga.

ANSELMO

Es que... er saco vasio no pué tenerse en pie.

PACO

De manera que ni antes de comer ni después de comer estás pa trabajar.

ANSELMO

No se piense usté que hoy no me he ganao er pan y la habitación que me dan ustede en esta casa; que hoy ar medio dia he regao las tomateras.

PACO

¿Las has regao... con agua?

ANSELMO

Si, señó.

(*Rie.*)

Has picao.

ANSELMO

¿Que he picao?

PACO

Es claro; no vas a regar las tomateras con petróleo.

ANSELMO

No se pué con usté, don Paco; uno habla con formalidá y a la buena e Dió; y usté, siempre a la espera pa tomarle er pelo al ma pintao.

PACO

(*Riendo.*)

¡Con agua!

ANSELMO

Es mucha guasa la de usté, don Paco.

PACO

Bueno; ahora, con formalidá: tienes que poner unos palitos clavaos, de punta, pa que se

sostengan las tomateras y no arrastren por el suelo.

ANSELMO

Si, señó; ya tengo preparaos unos listones de madera.

PACO

¿De... madera de árbol?

ANSELMO

De madera de besugo.

(*Riendo y frotándose las manos.*)

¡Eh que ahora no he picao! Se chincha usté, don Paco; se chincha usté.

(*Vase por la derecha saltando de contento.*)

PACO

(*Aparte.*)

Esta vez no ha picao.

ESCENA II

DON PACO, de la casa; ALEXANDRA

ALEXANDRA

(Tipo serio; acento extranjero, no viste de negro ni lleva lentes; puede llevar monóculo.)

Don Paco.

PACO

¿Qué hay, Alexandra?

ALEXANDRA

Hay que poner flores an mesa para *dı fay ocloc tí.*

PACO

¿Fay oclotí?

ALEXANDRA

Sí.

PACO

No chanelo.

ALEXANDRA

Yo no entiendo cosa es chanelo.

PACO

Que no entiendo de piquinglis.

ALEXANDRA

Desir quiero flores para el te de las sinco.

PACO

Anselmo le cogerá las que usté quiera.

ALEXANDRA

Muy bien.

(*Vase derecha.*)

ESCENA III

DON PACO, POR FORO don *Dionisio;* luego PAULA, de la casa.

DIONISIO

Buenas tardes.

PACO

Muy buenas, señor Cifuentes.

DIONISIO

¿Quién es esa señorita?

PACO

La institutriz de mi sobrina.

DIONISIO

¿Española?

PACO

No, señor; norteamericana.

DIONISIO

Vengo a tener el honor de saludar y la satisfacción de felicitar a su sobrina por la celebración de su santo.

PACO

Voy a llamarla.

(*A la puerta de la casa.*)

¡Paula! Aquí está el papá de Arnoldo.

DIONISIO

Vaya una hermosa finca que ha comprado usted, don Paco.

PACO

Querrá usted decir «que ha comprado mi sobrina».

DIONISIO

Bien, pero usted también la disfruta, puesto que habita en ella.

PACO

Eso, sí; ahora vivo a lo príncipe.

DIONISIO

Ya no tiene usted que ir haciendo comedias por esos pueblos de mala muerte, y pasando fatigas.

PACO

Horrorosas, don Dionisio: mi difunta esposa, haciendo del Comendador en el Tenorio; yo, pintándome los carteles y pegándolos en las esquinas; y en un pueblo tuve que pegarlos en el tronco de los árboles.

DIONISIO

¿En el tronco de los árboles?

PACO

Sí, señor; porque en aquel pueblo no había esquinas.

DIONISIO

¿Un pueblo sin esquinas?

PACO

Y para leer los carteles, había que ver a los del pueblo, dando vueltas alrededor de los árboles, y caer al suelo mareados...

DIONISIO

¡Bah!, cosas de usted.

PACO

Lo que usted oye, don Dionisio.

PAULA

(*Cuarenta y cinco años, algo fea, pero no ridícula.*)

Felices, señor de Cifuentes.

DIONISIO

Ruego a usted me haga el honor de aceptar mi respetuoso saludo a la par que mi más cumplido parabién por la celebración de su fiesta onomástica.

PAULA

Muchas gracias.

PACO

Siéntese.

(*Paula y don Dionisio se sientan.*)

DIONISIO

Pasado mañana, tendré el gusto de volver para felicitar a usted, don Paco.

PACO

¿Pues?

DIONISIO

Pasado mañana cumple usted los años; 15 de Julio.

PACO

Ni me acordaba de semejante cosa.

DIONISIO

Yo tengo anotadas, con mucho cuidado, las fechas en que debo hacer visitas de atención y de cortesía.

PACO

¿A las personas?

DIONISIO

Sí, señor.

PACO

(*Aparte.*)

Ha picao.

PAULA

Es usted muy cumplido, don Dionisio.

DIONISIO

Soy esclavo del respeto y atenciones que merecen cuantas personas me honran con su amistad.

PAULA

Pues su hijo de usted no ha salido al padre.

DIONISIO

Desgraciadamente, Arnoldo es un descreido, una mala cabeza.

PAULA

¿Por qué no le casa usted?

DIONISIO

Calle usted, por Dios; así que le hago la menor indicación, toma el tren y se larga a Madrid; de modo que ya he desistido de hablarle de matrimonio.

ESCENA IV

Dichos: por la derecha ALEXANDRA, con flores.

ALEXANDRA

Señorita.

PAULA

¿Qué quiere?

ALEXANDRA

Estoy an deber de desir a usted que he pegado golpe de puño an naris de Anselmo.

PACO

¿Un puñetaso en las narises de Anselmo?

ALEXANDRA

E sangre le ha salido.

PAULA

¿Y eso?

ALEXANDRA

Por desirme desvergüensa.

PAULA

¿Qué le ha dicho a usted?

ALEXANDRA

Olé; bendita sea tu madre.

PACO

Eso no tiene nada de particular.

ALEXANDRA

Ha dicho «tu madre»; e no ha dicho «la madre de usted»; e tratarme de *tú*, es confiansa que no permito.

PACO

Está bien.

ALEXANDRA

Con permiso.

(*Medio mutis.*)

PAULA

Ponga las flores en el centro chino.

ALEXANDRA

Estoy an deber de desir a usted que centro chino se ha rompido de muchos pedasos.

PAULA

¡Qué lástima, un centro tan hermoso! De seguro lo habrá roto la doncella.

ALEXANDRA

No ha sido donsella.

PACO

El gato; de esas cosas siempre tiene la culpa el gato.

ALEXANDRA

No ha sido gato; he sido yo. Yo no miento nunca; yo siempre digo verdad por contra mía que sea.

DIONISIO

Eso la honra a usted.

PAULA

Bien, ¡qué le vamos a hacer! Un descuido lo tiene cualquiera.

ALEXANDRA

No he rompido por descuido; ha sido con toda la intención mía.

PAULA

¿Y, por qué motivo?

ALEXANDRA

Por amiga que ha escrito de *Niu-York*, supe que mi novio traisión ha hecho a mí con otra mujer; e yo, furiosa, rabiosa, con los míos nervios de punta, sin me poder contener, cogi florero e aplasté contra suelo porque no puedo aplastar cabesa de hombre falso. Pero yo llevaré a tribunales e pagará indemnisasión. An mí país no es permitido burlar de mujeres como an España. E si yo estoy an Niu-York, yo saco revólver e mataría hombre falso de tiros an su cabesa.

DIONISIO

¿Sería usted capaz?

ALEXANDRA

¡Ah!, sí, señor; an mi país hombres e mujeres tenemos los mismos derechos, e yo saco revólver e mato a hombre falso de tiros an su cabesa, e los tribunales me hasen absuelta. Haser perder juventud a señorita; entretener e no casar con ella, es más peor que robar dinero, porque dinero puede volver a ganarse e juventud pasada ya no; e hombre que roba tiempo joven a señorita es un miserable, un criminal, ¡oh!, sí, sí, un criminal.

(*Vase a la casa.*)

DIONISIO

Es admirable esta yanqui.

PAULA

Es la formalidad misma; yo creo que se dejaría matar antes que decir una mentira.

DIONISIO

La felicito por tan excelente institutriz y por el sinnúmero de visitas que habrá usted recibido hoy.

PAULA

Sí; he tenido muchas visitas esta mañana.

DIONISIO

No me extraña; es usted la reina de Alcalá de los Infantes.

PAULA

No tanto.

DIONISIO

Lo digo y lo repito; el día que usted llegó de Cádiz se le hizo un recibimiento regio; yo sé que estaban en la estación del ferrocarril todos los jóvenes de la localidad.

PAULA

Sí; amigos de mi tío.

PACO

Amigos míos desde unos días antes de la llegada de Paula.

DIONISIO

Y todos habrán venido a felicitarla hoy.

PACO

A felicitarla y a hacerla el amor; las cosas, claras.

PAULA

(*Se levanta.*)

Son muy agradables los jóvenes de aquí; yo no me hago ilusiones; sé que no soy una niña,

y ellos, a pesar de mis canas prematuras y de mis incipientes patas de gallo, me llenan de galanterías y todos me han declarado su amorosa pasión.

PACO

Y le son todos tan simpáticos que no sabe por cual decidirse.

PAULA

Me causa mucha pena decirle que no a ninguno de esos jóvenes que, temblorosos y emocionados, me juran que yo soy la mujer con que soñaron; que amor volcánico arde en sus pechos, y haré su felicidad oyendo de mis labios el anhelado sí. Créame usted que los amo a todos.

DIONISIO

Porque tiene usted un corazón de oro.

PACO

De oro acuñado; por eso es tan solicitada.

PAULA

Quisiera tener tantos corazones como pretendientes; pero, desgraciadamente, no poseo más que uno. En los Estados Unidos han conseguido poner corazones y estómagos artificiales; donde han inventado hasta la bicicleta

para subir escaleras, no han logrado poner corazones múltiples, corazones en racimo.

DIONISIO

Muy bien. Con su permiso; voy a hacer otra visita de felicitación.

(*Se levanta.*)

Señorita, seguramente sabrá usted conceder su corazón áureo y único al pretendiente que más feliz haya de hacerla.

PAULA

No sé, no sé; para mí, lo merecen todos. ¡Ay, que desgracia, no tener más que un corazón!

(*Vase a la casa.*)

PACO

¿A quién va usted a felicitar?

DIONISIO

A don Manuel el farmacéutico.

PACO

¿Es hoy San Manuel?

DIONISIO

No, pero ha puesto nueva estantería en la farmacia y voy a darle la enhorabuena.

PACO

¡Ah!

ESCENA V

Dichos. En seguida de entrar PAULA en la casa, salió de ésta ELSA con libro, y vino a sentarse al primer término izquierda.

DIONISIO

Esa señorita, ¿es pariente de usted?

PACO

No, señor; es una pobre huérfana a quien mi sobrina recogió en Nueva York, y la tiene de señorita de compañía.

DIONISIO

¿Una yanqui?

PACO

Nacida en América, pero hija de padres españoles, lo mismo que Paula, que la quiere como si fuese su hermana.

DIONISIO

Es muy bonita ¿Como se llama?

PACO

Elsa.

DIONISIO

Elsa; lo anotaré.

(*Saluda a Elsa y vase foro derecha.*)

PACO

(*A Elsa.*)

Don Dionisio ha vuelto a picar; le he preguntado si hoy era San Manuel que es el primero de Enero, y me ha dicho que no. Ha picao.

ELSA

Así estará usted contento.

ESCENA VI

Dichos. Por foro izquierda CELES, triste y abatida, apoyándose en doña PETRA. En seguida, ALEXANDRA, de la casa.

PETRA

Buenas tardes.

PACO

Hola, doña Petra.

PETRA

Con el permiso de usté, aquí nos metemos a que descanse la niña.

PACO

Está usté en su casa.

(*Presenta.*)

Doña Petra López y su hija Celes. Elsa, la señorita de compañía de mi sobrina, y Alexandra, la institutriz.

PETRA

Sientate aquí, a la sombrita.

(*La sienta a la derecha.*)

¿Te sientes mejor?

CELES

(*Displicente y dolorida.*)

No lo sé...

PETRA

¿Que te duele?

CELES

Nada.

PACO

Vaya una perla que echó usté al mundo, doña Petra.

PETRA

Gracias, don Paco.

PACO

Eso es lo ma bonito que tenemo en la poblasión.

PETRA

Bastante sacamos con que Celes sea bonita.

ELSA

¿Se encuentra enferma esa pobre niña?

PETRA

Hase un mes que la tenemos con esta tristesa. El médico ha mandado que tome sol, mucho sol, que se le ponga la piel tostadita. Ahora han descubierto que el sol es una gran cosa.

ELSA

¿Quién lo duda? Sobre todo el sol de España, y especialmente este de Andalucía.

ALEXANDRA

Oh, ¿qué sería del mundo si no teníamos sol? No habría evaporasión an el mar, ni nubes ni

lluvias; no habría vegetasión e se pararía la vida terrestre.

PACO

Y se pararían todos los relojes de sol.

ALEXANDRA

Don Paco siempre hase chunga.

CELES

Yo no quiero tomar sol, que me pondré negra.

PETRA

Pues toma la sombra.

CELES

A la sombra no me curaré.

PETRA

Te pondremo la mitá a cada lao.

ALEXANDRA

Esta niña convendría tomar duchas.

PETRA

¿Calientes o frias?

PACO

Es igual; las duchas son medicamento tan

admirable que lo mismo da tomarlas frias que tomarlas calientes que no tomarlas.

(*Vase derecha.*)

PETRA

¿Cuando querrá Dios que hable usté de formalidá?

ELSA

¿Y cómo le sientan los baños de sol a su hija?

PETRA

Como si tomara la luna, porque la tristeza no la tiene en la piel, sino más adentro.

CELES

¡Cállate, mamá!

ALEXANDRA

Oh, pobresita niña, ya comprendo; amores desgrasiados.

PETRA

Usté lo ha dicho: estaba en amores con Enriquito Becerra, y, hace un mes, me la dejó plantada para casarse con otra; ¿y con quien? Con Luisita Salagarsa, que todos sabemos quién es; que ninguna persona de bien la saluda por la historia que tiene; pero, hija, se le

murió un pariente que la dejó unos miles, y allá te va Enriquito Becerra a cargar con el santo y la limosna.

CELES

(*Rompe a llorar escondiendo el rostro contra su madre.*)

PETRA

¿Véis ustedes? Así nos pasamos la vida. ¿Que les parese de Enriquito Becerra?

ALEXANDRA

Merese un tiro.

ELSA

Digo lo mismo.

ALEXANDRA

Ustedes no deben volverlo a nombrar. No es prudensia ni práctico hablar cosas tristes cuando no hay remedio posible. No se debe volver vista al pasado, porque quien piensa an ayer, vive tristesas e quien espera el mañana vive contento e felís.

ELSA

Opino como Alexandra; y yo me permito advertir a esta señorita que las dolencias del corazón tienen su tratamiento: las heridas de un desengaño cicatrizan aplicándoles una nueva

ilusión; y ella curará con la esperanza de un nuevo amor.

PETRA

Celes, ¿oyes lo que te dice esta señorita?

CELES

Si.

PETRA

Pues no lo olvides.

ALRXANDRA

Oh, si, si; tiene que buscar otro que sea más amador e menos Becerro.

ELSA

Ella es muy hermosa y lo encontrará.

PETRA

¿Cree usted?

ELSA

Tengo la seguridad.

CELES

(*Suspira.*)

¡Ay!

PETRA

¿Qué te pasa?

CELES

Ya... ya, me parece que me encuentro mejor.

PETRA

Vamos; la pildorita de Elsa le ha sentado como de mano de santo.

ALEXANDRA

Los santos no dan pildoritos.

PETRA

Me refiero al consejo de Elsa, que sabe mucho. Algo pagaría yo porque fuese amiga de mi hija y la enseñase a vivir.

ELSA

Honor que usted me hace, y desde luego soy amiga de Celes.

PETRA

Y yo corresponderé a su consejo, con otro, amiga Elsa: y es que si tiene usted deseo de casarse, se marche de este condenao pueblo donde, para casarse, los muchachos no buscan juventú, ni hermosura, ni cariño, sino guita, guita, y na má que guita.

ALEXANDRA

Yo no entiendo cosa es guita.

PETRA

(Se levanta).

Dinero, señorita, dinero; como que a este Alcalá de los Infantes ya le llaman Alcalá de las solteronas, y con razón: habiendo mositas frescas como capullos y bonitas como ángeles del sielo, no hay quien les diga: «arsa pa la Vicaría»; y si esto sigue así, el gobierno tendrá que dar una ley como disen que dió en tiempo de los romanos, porque pasaba lo que pasaba y no es cosa de contarlo delante de unas niñas inosentes. Conque, si no va usté para monja, ya se puede largar de este pueblo porque los señoritos éstos son tan retesinvergüensas que sólo buscan guita, guita, y no más que guita. Ya lo sabe usté.

(Don Paco vuelve por la derecha.)

ELSA

Todo eso ya lo sabía yo, pero agradezco el consejo, y con permiso de don Paco, y de su sobrina, las invito a tomar el te de esta tarde.

PETRA

Como no estamos presentadas a la sobrina de don Paco...

PACO

No importa.

ELSA

(*Intencionado, a Celes.*)

Vendrán algunos jóvenes...

CELES

Acepta, mamá.

PETRA

Ya lo oyen ustedes; aceptado.

PACO

Mientras tanto, pueden ir a ver la huerta.

PETRA

Sí; luego iremos.

ESCENA VII

DICHOS: por foro derecha ARNOLDO.

ARNOLDO

¿Cómo va?

PACO

Hola, Arnoldito.

ELSA

Ayer no vino usted a vernos...

ARNOLDO

Fuí con unos amigos a correr liebres.

PACO

¿En el campo?

ARNOLDO

En el salón del Ayuntamiento, si a usted le parece.

PACO

Te lo pregunté sin intención.

ARNOLDO

Yo no pico, don Paco. Me conoce usted desde niño, y ya sabe usted que yo no soy de los que pican.

PACO

Vaya un punto el Arnoldo, ¿eh?

ALEXANDRA

Corta los pelos del aire.

ELSA

¿Viene usted a felicitar a Paula?

ARNOLDO

Sí.

ELSA

Yo le acompañaré.

(*Se levanta.*)

ARNOLDO

¿No ha venido Ramón de Avilés?

ELSA

Vino esta mañana, y quedó en volver esta tarde.

PACO

Oye, Arnoldo.

ARNOLDO

Que yo no pico, don Paco; que yo no pico.

(*Arnoldo y Elsa, seguidos de Alexandra, entran en la casa.*)

PACO

Es el único del pueblo, que no he podido hacerle picar.

PETRA

¿Y usted no ha picado nunca?

PACO

Algunas veces en vida de mi difunta, que era de más guasa que yo. Una vez que nos mudamos de casa, fuí a clavar un clavo, me piqué un dedo y me dice mi mujer: ¿Pero tú no sabes como hay que coger el martillo para no picarse los dedos? ¿Çómo?

(*Marcado.*)

Con las dos manos. Otra vez, llego a mi casa y pido de merendar y me dise: ¿Quieres fruta? Déjame de fruta; traeme algo que se pegue al riñón. Y va y me trae un parche poroso.

PETRA

Tiene grasia.

ESCENA VIII

DICHOS. VIZCONDE, por el foro.

VIZCONDE

Felices.

PACO

Hola, San Roque.

VIZCONDE

¿Está Paulita?

PACO

Sí, señor.

VIZCONDE

Vengo a felicitarla.

PACO

(*Presenta.*)

El Vizconde de San Roque.

CELES

A este señor le ví en la estación cuando llegó la sobrina de don Paco.

VIZCONDE

Sí; estaba allí... por casualidad; fuí a recibir a un amigo... voy a ver a Paulita. Con permiso.

(*Medio mutis*).

PACO

Adiós San Roque, (*con tono zumbón*).

VIZCONDE

Oiga usted, amigo Blanes; le agradeceré que me llame Vizconde: pero no San Roque.

PACO

San Roque le llama a usted todo el mundo.

VIZCONDE

Es que usted me lo llama con cierta ironía, y ayer delante de Paulita, se permitió usted preguntarme por el perro.

PACO

Me refería a ese magnífico galgo que usted tiene.

VIZCONDE

No fué esa su intención; prueba de ello la risa que produjo la pregunta de usted. Yo le ruego que no gaste chanzas conmigo, pues todo lo aguanto menos el ridículo.

PACO

Pero, hombre no se ponga usted así.

VIZCONDE

Me pongo, como debo ponerme; ya lo sabe usted.

(*Vase a la casa*).

PACO

Han visto ustedes, por una insignificancia, que rabioso se ha puesto San Roque.

PETRA

Y eso que es abogao de la rabia.

ESCENA IX

Los mismos. Por foro VIRGILIO; en seguida, de la casa, ARNOLDO seguido de ELSA. Al final, ALEXANDRA.

VIRGILIO

Saludo a ustedes.

PACO

Hola, Virgilio.

VIRGILIO

Vengo a felicitar a Paulita.

ARNOLDO

(*Saliendo de la casa.*)

¡Caramba, el poeta de la localidad!

CELES

Virgilio también estaba en la estación cuando llegó la sobrina de don Paco.

VIRGILIO

Si; voy con mucha frecuencia a la estación, a la hora en que los trenes pasan; para mí el tren tiene una gran poesía.

ARNOLDO

No sabía yo que el tren tuviese poesía.

VIRGILIO

Ah, pues, la tiene: las cosas más vulgares tienen su poesía; si se las mira a través de un temperamento exquisito, nuestro pájaro azul convierte las montañas en berrugas terrestres; el granizo en bombones celestiales y la pluma de escribir es el surtidor del pensamiento.

ELSA

¿Y la locomotora?

VIRGILIO

Una señora gruesa de redondeces metálicas y piernas cortas, vestida de negro con ribetes dorados y un sombrerito cilíndrico.

PACO

Sombrerito de viaje.

VIRGILIO

Ciega, durante el día; tuerta, cuando de noche abre su incandescente pupila de rojo cristal; educada a la moderna, puesto que fuma, escupe, sopla y silba; es tan previsora que para alimentarse, lleva a la espalda la despensa repleta de negros panes. Como madre cariñosa, tira de los vagones—sus hijos—agarrados

unos a otros, de la mano, y a los cuales guía y protege impulsada por el fuego del amor maternal que arde en sus entrañas; al marchar, sigue la línea de conducta que la Ciencia le trazó; alguna vez se aparta de ella y da un mal paso, pero no somos infalibles en este mundo. Es valiente amazona que no encuentra obstáculos: aplasta, troncha, destroza cuanto se la pone delante. Y es tanta su manía devoradora que, por tragar, se traga los kilómetros. Esta es la poesía del tren, vista a través de nuestro pájaro azul.

PACO

Usted debía escribir la poesía de un choque de trenes.

ARNOLDO

Virgilio no escribe más que atardeceres, crepúsculos y ocasos.

VIRGILIO

Oigan ustedes lo que le dedico a Paulita:

(*Lee.*)

«El morir de la tarde:
La tarde agoniza. La tarde ha muerto.
El cadáver de la tarde flota sobre el río,
y la corriente se lo lleva al mar...»

ARNOLDO

Eso será si no se queda enganchada en la presa de algún molino.

CELES

¡Jesús, que cosa tan triste!

PETRA

Levanta, niña; que tú no estás para oir estas cosas.

CELES

Me ha puesto el corazón en un puño.

PETRA

Vamos a tomar el sol antes que le canten el gori gori a la tarde.

(*Aparte.*)

Esto no es un pájaro azul, que es un pajarraco negro.

(*Vase con Celes, por derecha.*)

VIRGILIO

Voy a leérselo a Paulita.

PACO

Venga usted por acá, pájaro azul.

(*Vase a la casa con Virgilio.*)

VIRGILIO

Hasta luego.

ESCENA X

ELSA, ARNOLDO Y ALEXANDRA

ARNOLDO

Hoy habrán estado aquí todos los adoradores de Paula

ELSA

Sí; esta mañana estuvieron los demás.

ALEXANDRA

Catorse.

ARNOLDO

No habrá faltado el capitán de Artillería, con su cruz de Caballero del Santo Sepulcro.

ALEXANDRA

Muy caballero; cuando llegó a este pueblo, se hiso lista de solteras con dinero de cada una.

(*De la casa salen Paula con Vizconde y Virgilio muy expresivos con ella; lentamente, vánse por la derecha.*)

ARNOLDO

Miren ustedes, qué espectáculo.

ELSA

¿Usted no va con Paula?

ARNOLDO

Cá.

ELSA

Hace usted bien.

ALEXANDRA

Jóvenes distinguidos, pundonorosos e nobles; muy an cuidado de su honor; que por un quítame más allá las pajas, están capases de un desafío; e cometen bajesa de casar por dinero, e llevar esposa vieja e fea colgada de braso, e no se avergüensan de que, al pasar, todos les señelen con dedo e digan: «Mira, ese

joven tan distinguido e tan caballero, ha cometido la más peor acción: el acto más sagrado, más respetable de la vida, ha convertido an negosio de comersiante».

ARNOLDO

Sí, pero, aún que, al pasar, los señalen con el dedo, yendo en automóvil y a gran velocidad, será un momento nada más.

ELSA

Ya es bastante.

ARNOLDO

De modo que usted encuentra indigno el proceder de esos jóvenes.

ELSA

Muy indigno; el matrimonio debe conducirnos al cielo y no a la despensa.

ARNOLDO

Lo siento por mi amigo Ramón que es uno de tantos.

ELSA

No; porque no es a Paula a quien su amigo hace el amor en esta casa.

ARNOLDO

¡Ah! no es a Paula. Comprendo. Está bien, está bien...

ELSA

Ramón no es un cobarde como esos otros.

ARNOLDO

¿Cobardes, porque hacen el amor a Paula? yo les llamo valientes.

ALEXANDRA

Cobardes; sí, señor, cobardes; no tienen valor de casar con pobre por cariño, e trabajar, e luchar por la vida como es de su obligasión.

ARNOLDO

¿Qué quiere usted?, aman las riquezas...

ELSA

Bien que amen las riquezas, pero ganadas por ellos, conservando su dignidad de hombre. ¡Quieren ser ricos!... Rico es el que en la esposa encuentra belleza, amor y virtud...

ARNOLDO

(*Rie sarcásticamente.*)

¡Amor! ¡Virtud!.. No me haga usted reir...

ELSA

Ya veo que he sufrido una equivocación al venir a la patria de mis padres; yo creí encontrar en España alegría de sol y felicidad de amor.

ARNOLDO

Bien, pues celebraré que encuentre un joven que la ame desinteresadamente, lo cual dificulto.

ALEXANDRA

Nunca hubiera yo pensado que así susediera an el país de la hidalguía.

(*Vase a la casa.*)

ELSA

En el país de los trovadores, de los amantes de Teruel y tantas otras parejas enamoradas que cita la Historia.

(*Toma el libro.*)

ARNOLDO

¡Ah!, pero, ¿usted estudia la Historia?

ELSA

Sí, la Historia de España.

ARNOLDO

O sea la mentira histórica.

ELSA

Pues yo me complazco en creerlo todo, porque así soy más feliz; hasta creo que los cartagineses, para conquistarnos, vinieron a pie desde el Africa a España.

ARNOLDO

¿A pie, desde Marruecos a Cádiz?

ELSA

A pie, sí, señor.

ARNOLDO

Sería en invierno y estaría helado el mar.

ELSA

No, señor; aquí dice que en aquellos tiempos, el Africa y España estaban unidas por una faja de tierra; y por esa faja vinieron los cartagineses.

ARNOLDO

Y nos engancharon por la faja.

ELSA

Y los Reyes Católicos ¿sabe usted cómo tomaron Granada?

ARNOLDO

Supongo que la tomarían desgranada y con azúcar, para postre.

ELSA

La tomaron después de muchos meses de sitio; y les costó más de dos años tomar Jerez.

ARNOLDO

Ahora no les hubiera costado más que cuatro pesetas la botella.

ELSA

¿Tampoco cree usted que doña Juana la loca enloqueció de amor?

ARNOLDO

Tampoco; sólo creo que estaba loca, y le dió la guilladura por decir que estaba enamorada de su esposo; como pudo darle por cazar moscas o por comer castañas calientes en verano.

ELSA

No, señor; doña Juana estaba locamente enamorada de Felipe el Hermoso.

ARNOLDO

Ni hay hombres hermosos ni mujer que se enamore de ningún hombre.

ELSA

¿Tampoco cree usted en nuestro amor?

ARNOLDO

Menos que en nada.

ELSA

Le compadezco a usted.

ARNOLDO

A mí, no hay por qué: compadezca usted a los inocentes, a los incautos que creen en el amor de ustedes; en ese amor que tan admirablemente saben ustedes fingir.

ELSA

¡Oh!

(*Se levanta.*)

Quede usted con Dios.

ARNOLDO

¿Se marcha usted contrariada?

ELSA

Contrariada, no; me marchó con el alma dolorida; muy triste, Arnoldo; créame usted, muy triste.

(*Vase, derecha.*)

ARNOLDO

(*Aparte.*)

Una soñadora que con su romanticismo ha sabido enredar al tontaina de Ramoncito.

ESCENA XI

ARNOLDO, por foro RAMON

RAMÓN

(*Joven elegante y candoroso, pero no ridículo; habla correctamente, aunque pronuncia mal la* ERRE, *y dice* JABIA, *en vez de* RABIA *y* CAGAMBA *en vez de* CARAMBA.)

¡Arnoldo!

ARNOLDO

Hola, Ramoncito.

RAMÓN

Oye; quiero confiarte una cosa.

ARNOLDO

Lo adivino; que te gusta la señorita de compañía.

RAMÓN

¡Caramba! Tú lo adivinas todo.

ARNOLDO

Absolutamente, todo.

RAMÓN

Yo, realmente, tuve intención de hacer el amor a Paula, tomando en consideración las poderosas razones que tú me dabas, pero, la verdad, cada vez que me acercaba a ella para pedirla relaciones, me producía igual temor que si fuera a llamar a la puerta de un dentista.

ARNOLDO

Te daba rubor.

RAMÓN

Si, porque yo tengo vergüenza; no soy como esos que andan como raposos detrás del dinero de Paula.

ARNOLDO

Y cuando te declaraste a Elsa ¿qué te contestó?

RAMÓN

¿Cómo sabes que me he declarado?

ARNOLDO

Lo adivino.

RAMÓN

Eres el mismo Barrabás. Pues, es verdad, me declaré, y no me dijo que sí, pero tampoco que no.

ARNOLDO

De manera que su contestación fué la *s* del sí y la *o* del nó: so

RAMÓN

¿Qué quieres decir?

ARNOLDO

Que ha hecho lo que todas: dar largas para ver si entre tanto se le presenta otra proporción mejor.

RAMÓN

No, no; su contestación fué de esperanza.

ARNOLDO

Bueno, pues cásate con ella y a pasar privaciones.

RAMÓN

No me importa, trabajaré; prefiero pasar privaciones con Elsa que ser el marido de una vieja ridícula que, por darlas de joven, tiene institutriz y señorita de compañía.

ARNOLDO

(*Queda un momento reflexionando y hablando solo.*)

(*Aparte.*)

Institutriz... Señorita de compañía....

RAMÓN

¿Qué dices?

ARNOLDO

Nada; que en cuanto hable yo con Elsa, le haré de tí los elogios que mereces; y tanto he de inclinarla a tu favor, que ha de contestarte que sí, tal vez hoy mismo.

RAMÓN

¿De veras?

ARNOLDO

Allí la tienes; mándamela.

RAMÓN

Voy allá,

(*Medio mutis derecha.*)

ARNOLDO

Yo te prometo que te corresponderá.

ESCENA XII

DICHOS, DON PACO, de la casa.

PACO

¡Don Ramoncito!

RAMÓN

Se le saluda, don Paco.

PACO

¿Han visto ustedes, anunciada por las esquinas, la novedad que nos traen al teatro?

ARNOLDO

Sí; las hermanas Wiski and Soda.

RAMÓN

Yo las he visto en Madrid.

PACO

¿Y qué hacen de particular?

RAMÓN

Nada; son dos hermanas gemelas que nacieron pegadas la una a la otra.

PACO

¿Hijas de una misma madre?

RAMÓN

Sí, señor.

PACO

¡Ha picao!

(*Rie.*)

ARNOLDO

Has picado, Ramoncito.

(*Rie.*)

RAMÓN

Me hará picar cuantas veces quiera, porque yo soy muy formal y usted es un chufletero; sí, señor, un chufletero...

(*Vase derecha, incomodado.*)

ESCENA XIII

DON PACO, ARNOLDO

PACO

Es un infeliz; en cambio tú, camará, las conchas que tienes. Parese mentira que de un padre tan bueno, haya salío un camastrón como tú; luego dicen que los hijos salen a los padres.

ARNOLDO

Otra mentira.

PACO

Y tan mentira; ya ves tú: mi sapatero bebe ma que una esponja; fuma como una chimenea; y juega ma que un gato con un ovillo. Pue, bien; su hijo Sebastián ni ha probao er vino ni el tabaco ni ha tocao en su vida una baraja. ¿Y sabes tú por qué es eso?

ARNOLDO

Porque Sebastián tendrá dos o tres meses.

PACO

(*Indignado.*)

Eres el único que no ha picao con lo del hijo del sapatero; mardito sea tu pelo, recondenao, que hueles a asufre...

ARNOLDO

¿Que huelo a azufre?

(*Riendo.*)

PACO

A asufre, sí; hueles a asufre como er demonio.

(*Vase a la casa.*)

ESCENA XIV

ARNOLDO: por la derecha ELSA

ELSA

¿Dice Ramón que desea usted hablarme?

ARNOLDO

Sí.

ELSA

Usted dirá.

ARNOLDO

Ustedes me tienen por un descreído, ¿no es así?

ELSA

Yo le tengo a usted por un desgraciado. Es mucha desgracia pensar que la palabra es la máscara del pensamiento; que no existe la verdad.

ARNOLDO

No creo en la verdad ni en la mentira; porque en toda mentira hay algo de verdad, y en toda verdad, algo de mentira. Si soy descreído, no es porque nací con esa condición, sino por la falsedad de cuanto me rodea: usted misma es un ejemplo de falsedad.

ELSA

¡Yo!

ARNOLDO

Sí: una mujer de los años de Paula, cuya cara es impropia para un concurso de belleza, que sueña en casarse con un joven elegante, no consiente a su lado una señorita tan hermosa y tan distinguida como usted.

ELSA

Señal de que Paula no cree que soy hermosa.

ARNOLDO

Pues lo es usted.

ELSA

Muchas gracias.

ARNOLDO

(*Contrariado.*)

Bueno; ya ha conseguido usted que la eche un piropo, pero ha sido sin querer.

ELSA

Más de agradecer. Siga usted.

ARNOLDO

Paula no está en edad de necesitar institutriz.

ELSA

Pues yo le aseguro que Alexandra es institutriz.

ARNOLDO

¿Ve usted? Eso es una verdad, pero en esa verdad, hay algo de mentira: Alexandra es institutriz, cierto, pero no de Paula, sino de usted. Paula es una contrafigura; y aquí no hay más sobrina de Don Paco Blanes que la señorita Elsa.

ELSA

¿Yo?

ARNOLDO

Sí; no lo niegue, porque ello es claro como la luz que nos alumbra. Y voy a reconstituir los hechos. Su tío de usted, ¿fué a recibirla a Cádiz?

ELSA

Sí.

ARNOLDO

Le contaría a usted que todos los jóvenes de esta población la estaban esperando para disputarse su fortuna...

ELSA

Sí; nos lo contó.

ARNOLDO

Y usted, para librarse del asedio y dar su mano a un hombre que la ame desinteresadamente, inventó esta superchería.

ELSA

No fuí yo; fué mi tío.

ARNOLDO

Y usted la aceptó; es igual.

ELSA

¿Y cómo lo ha adivinado usted?

ARNOLDO

¡Oh!; el truco no puede ser, ni más inocente ni más gastado. Lo único que no adivino es quién es Paula.

ELSA

Una señora conocida de mi tío, que encontramos en Cádiz. Pero yo le suplico que guarde el secreto; lo espero de su amistad.

ARNOLDO

Se lo prometo y la felicito: Ramón de Avilés es un buen muchacho, de familia ilustre, y se

ha declarado a usted creyéndola pobre. Mi consejo, es que debe usted corresponderle antes de que conozcan el engaño, tanto Ramón como esa colección de señoritos que vienen en busca de dinero.

ELSA

Ya sé que Ramón me ama, pero yo no le amo a él.

ARNOLDO

No importa: los maridos son como los aguinaldos de Nochebuena; se aceptan pero no se eligen.

ELSA

Cierto; y es bien triste vernos vencidas, dominadas por el egoísmo de ustedes, que nos niegan el derecho de descubrir nuestro amor al hombre de quien, realmente, estamos enamoradas. Si al hombre le es lícita la conquista de la mujer que se propone, si son aplaudidos cuantos medios realiza para conseguirla, y por ellos son ustedes admirados, ¿por qué razón a nosotras se nos censura y escarnece si nos permitimos la más leve insinuación con el hombre que nos inspira amor?

ARNOLDO

La insinuación debe partir de nosotros, porque, en caso de unas calabazas, los hombres

tenemos el cutis menos delicado. De modo que, aun cuando usted se haya educado en los Estados Unidos, donde impera el feminismo, aquí tendrá usted que acatar esa inveterada costumbre; y si usted se enamora de un hombre, no puede decirle: «Fulano, yo le amo a usted».

ELSA

Pero, convenga usted conmigo, en que eso sería lo justo y razonable.

ARNOLDO

Se reirían de usted.

ELSA

Se reiría un imbécil chapado a la antigua; pero si yo le dijese «Te amo» a un hombre de buen sentido y educado a la moderna, como usted, por ejemplo, ¿cree usted que se burlaría de mí aunque no me correspondiera?

ARNOLDO

Puede que no..., porque..., ante el agradecimiento de verse amado..., la consideración que usted se merece... y la..., y la...

(*Aparte.*)

¡Ay, ay, ay, en la que me está enredando!

ELSA

¿Decía usted?

ARNOLDO

Digo que debe usted aceptar a Ramón.

ELSA

¡A Ramón!

ARNOLDO

Sí; y, por doloroso que la sea, no soñar con un imposible. Es un consejo de amigo.

ELSA

Muchas gracias.

(*Queda sentada, triste y pensativa.*)

(*Arnoldo paséase distraído.*)

ESCENA XV

DICHOS: Por la derecha, PAULA, VIZCONDE y VIRGILIO

VIZCONDE

¿Piensa usted estar aquí todo el verano?

PAULA

Estaré unos días, hasta dejar arreglada la casa. Después iré una temporada a Francia.

VIRGILIO

¿A qué población?

PAULA

A *Po;* se escribe *Pau*.

VIRGILIO

Qué casualidad; yo también he pensado veranear en Po.

PAULA

Después iré a *Fontenebló;* se escribe *Fontainébleau*.

VIRGILIO

Domina usted el francés, que es una maravilla.

ESCENA XVI

Dichos: ALEXANDRA sale de la casa. Después, por la derecha doña PETRA, CELES y RAMÓN

ALEXANDRA

(*A Paula.*)

Señorita.

PAULA

¿Qué hay?

ALEXANDRA

Di fay ochoc ti.

(*Vase y vuelve al final.*)

PAULA

Señores, a tomar el te.

(*Entra en la casa con Vizconde y Virgilio.*)

ELSA

(*A Ramón que lleva una flor en el ojal.*)

¡Qué flor tan bonita!

RAMÓN

No se la puedo ofrecer, porque me la ha puesto Celes.

ELSA

Pues, corresponda usted dándole el brazo, y a tomar el te.

RAMÓN

Con mucho gusto.

CELES

(*A Ramón.*)

Es usted muy amable.

ELSA

Encuentro a Celes muy animada.

PETRA

Gracias a usted, se me figura que ya no necesita baños de sol, sino de sombra.

(*Vase a la casa detrás de Celes y Ramón.*)

ARNOLDO

(*Aparte*).

Visto: Elsa endosa a Ramoncito a la Celes.

ELSA

¿No viene usted a tomar el te?

ARNOLDO

Lo siento mucho, pero tengo que arreglar algunos asuntos porque mañana por la tarde me marcho a Madrid definitivamente.

ELSA

¡Tan pronto!

ARNOLDO

Tan pronto; no hay más remedio.

ELSA

¿Por qué?

ARNOLDO

Porque..., porque hace mucho calor en este pueblo y... huyo del calor. Adiós, Elsa.

ELSA

Adiós, Arnoldo...

(*Triste y abatida, le sigue y queda en la puerta del foro, viéndole marchar; al volverse, se encuentra con Alexandra y se abraza a ella.*)

¡Se marcha para no volver!

ALEXANDRA

¡Pobresita, Elsa! ¡Pobresita Elsa!

TELON

ACTO SEGUNDO

Dormitorio elegante. Una puerta a la derecha. Ventana al frente derecha. Cama de madera. Fotografías de mujeres hermosas en las paredes. Perchero. Armario. Lavabo, etc. Todo elegante. Aparato de luz eléctrica. Timbre.

ESCENA PRIMERA

La escena aparece casi a obscuras. En la cama duerme ARNOLDO; las ropas de éste se ven esparcidas por los muebles. Pequeña pausa. Se oyen nueve campanadas en un reloj de pared. Por la izquierda entra FELIPE, criado de DON DIONISIO, se acerca a la cama e intenta despertar a ARNOLDO.

FELIPE

(Bajo.)

¡Señorito!... ¡Señorito!...

(Aparte.)

La funsión de todos los días; si le llamo bajito no me oye; si le llamo resio se incòmoda porque dise que es expuesto a no sé que enfermedá de los nervios. A ver abriendo la ventana.

(Abre la ventana, por la que entra la claridad del sol.)

Tampoco. Quiere que le despierte como a los chinos: bajito y subiendo poquito a poco. ¿Qué le cantaré? Anoche estuvo con las cupletistas: le cantaré algo al consonante. Empezaré por el entresuelo.

(*Canta bajo.*)

Pisa morena,
pisa con grasia,
que er boticario
que er boticario
te viene a ver;
con el tarrito
de belladona....

Ná; ni con belladona. Vamos a subir al principal.

(*Canta un poco más alto.*)

La peli, peli, peli
peliculera,
me llaman a mí.

Vamos al tejado.

(*Canta a toda voz.*)

Desde los Cuatro Caminos
a Ministriles
derramo en quien me escucha
canela y sal. ¡Olé!

Tarará, tachín, tachín, tachín....

ARNOLDO

(Despierta amodorrado.)

Bueno hombre, bueno; ya te oigo.

FELIPE

Grasias a Dios; tiene usted un dormir que ni que fuera usté de escayola.

ARNOLDO

Te oí perfectamente desde que abriste la ventana.

FELIPE

Y yo cantando y usté hasiéndose el sonsi.

ARNOLDO

Para fastidiarte un rato.

FELIPE

Eso sí: a mala intensión no hay quien le gane.

(*Toma unas botas de Arnoldo, cepilla una y canturrea.*)

Chulapona, chulapona:
esto disen cuando pasa
mi persona.

ARNOLDO

Ya podías cantar algo menos ordinario.

PELIPE

Pa sepillá er carsao no voy a cantar de las Warquirias.

ARNOLDO

¿Por qué no?

FELIPE

Eso lo dejo pa cuando sepillo el frá de su papá de usté. Yo siempre canto a la consonansia de las sircustansias.

ARNOLDO

Y hoy te ha dado por despertarme con cuplés.

FELIPE

Como anoche estuvo usté donde estuvo... por eso.

ARNOLDO

¿Anoche? ¿Dónde estuve yo anoche?

FELIPE

De cuchipanda en el Infernal Palás.

ARNOLDO

Ah, sí; ahora recuerdo; estuve con unos amigos...

FELIPE

Y con las cupletistas que actúan en el templo del arte de este pueblo: en el Teatro de Tirso de Molina. Pobre don Tirso; si levantara la cabesa se volvería a morir de vergüensa al ver que en el teatro de su nombre glorioso se embrutese al público con películas como la del galápago que vuela, y se aplaude a la *Bella Escabeche*, a la *Ideal Arenque* y a la *Mari Furciela*.

ARNOLDO

Bueno, hombre, bueno; déjate de filosofías y dame un vaso de agua,

FELIPE

(*Sirve un vaso de agua.*)

Y qué verdá es:

La mañana de San Juan,
cuando la gente madruga,
el que con vino se acuesta
con agua se desayuna.

(*El último verso, cantado.*)

ARNOLDO

No creas que anoche bebi gran cosa.

FELIPE

Pues en la cuenta que han traído esta mañana figuran doscientas pesetas de champán.

ARNOLDO

¿Han traído la cuenta?

FELIPE

Y la ha pagao su señor padre. Ya está acostumbrao a eso. Más subió aquella de cuando en Madrí usté y otros como usté se bañaron en champán a la lus de unas jofainas llenas de ron ardiendo. Pues no digo ná, la cuenta de aquel vestido de señora que regaló usté a una... Cuando resibimos la carta del modisto de Madrid, Paquin—se escribe Pacuin—dijo su papá: «¡Un vestido de cuadros, quinse mil pesetas! ¡Serán cuadros de Velásques!» Y cada ves que nos escriben dando notisias de alguna nueva gatada de usté, el pobre don Dionisio se encorva un poco más, como buscando la sepultura. ¿No le parese que ya es hora de que siente usté la cabesa?

(*Aparte.*)

Anda, salero; ya se ha vuelto a dormir.

(*Canta.*)

La peli, peli, peli
peliculera...

ARNOLDO

No duermo, no.

(*Se sienta en la cama.*)

FELIPE

¡Ah!

ARNOLDO

¿Qué hora es?

PELIPE

Acaban de dar las nueve.

ARNOLDO

¿Las nueve?

FELIPE

Ni una más ni una menos.

ARNOLDO

¿Y quién te manda llamarme tan temprano

PELIPE

¿Quién lo ha de mandar? Usté.

ARNOLDO

¿Yo?

FELIPE

Sí, señó.

ARNOLDO

Yo no he dicho semejante cosa.

FELIPE

Se lo dijo usté a la donsella.

ARNOLDO

¿Cuándo?

FELIPE

Esta madrugá; la segunda ves que volvió usté a salir de casa.

ARNOLDO

Yo no me he movido de aquí.

(*Salta de la cama.*)

FELIPE

Pues la donsella dise que después de acostao volvió usté a salir entre dos y tres, y a la vuelta, serían las tres, la dió usté ese recao para mí.

ARNOLDO

Habrá sido una pesadilla suya, porque me

acosté a la una y no me he movido de la cama. A ver, que venga la cocinera.

FELIPE

(*En la derecha.*)

¡Tomasa! Venga usté por acá.

ARNOLDO

Veremos qué dice.

FELIPE

Aquí está la cosinera. ¿Le digo que pase?

ARNOLDO

Espera.

(*Se mete en la cama.*)

ESCENA II

DICHOS: TOMASA, por la izquierda.

FELIPE

Pase usted, Tomasa.

TOMASA

Con premiso.

ARNOLDO

¿Cuándo le he dicho yo a usted que me llamaran a las nueve?

TOMASA

La madrugá pasá, a las tres en punto que estaban dando en el reló de la iglesia mayor.

ARNOLDO

Eso lo ha soñado usted.

TOMASA

¿Que lo he soñao? No, señor, no lo he soñao, porque a esa hora yo no me había acostao toavia, que estaba de pie, porque, hasta má de las tré, me he pasao planchando el montón de ropa que tenían ustede atrasá en esta casa; y planchando estaba cuando uté vino a la una; y planchando estaba cuando volvió uté a salir entre do y tre: y planchando estaba cuando volvió uté a entrar y daban las tré; y al pasar por delante del cuarto de plancha se paró uté en la misma puerta y me dijo: «Diga uté a Felipe que mañana me llame a las nueve.» Conque no me venga uté conque lo he soñao; que por atenderle a lo que me desía, dejé de mover la plancha y chamusqué un mantel, y ahí está, que se pué ver la señal.

ARNOLDO

¿Está usted segura de lo que dice?

TOMASA

Como lo estoy viendo a uté.

ARNOLDO

Bien, bien; retírese.

TOMASA

Cuando yo digo una cosa, yo sé lo que me digo y por qué lo digo.

(*Vase.*)

ESCENA III

ARNOLDO y FELIPE

FELIPE

Ya lo ha oído usté.

(*Cepilla la ropa.*)

ARNOLDO

Diga lo que diga, yo no he vuelto a salir de casa.

FELIPE

Yo diría que sí, señorito.

ARNOLDO

¿Por qué?

FELIPE

Porque cuando se acostó uté a la una, yo limpié estas botas y las dejé aquí bien limpias; y ahora me las he vuelto a encontrar susias; vea uté.

(*Muestra una.*)

ARNOLDO

¡Es verdad! Esta bota está sucia.

FELIPE

Como se acostó uté algo mareadillo, se conose que después volvió a salir, y ahora no se acuerda.

ARNOLDO

¿Habré sufrido alguna pesadilla?

FELIPE

No tendría nada de particular, porque yo he oído desir a su papá de uté que cuando era uté que, cuando niño, tenía uté pesadillas terribles

Conque, no se preocupe: pesadilla habrá sido; o quizá un caso de sonambulismo, efecto de la pesadilla.

(*Salta de la cama.*)

ARNOLDO

Pues, señor, bueno.

(*Enciende un cigarrillo.*)

FELIPE

No se preocupe uté, señorito.

ARNOLDO

Pues sí que me preocupo. Yo me acosté a la una; caí en la cama como un tronco y no me acuerdo de más.

FELIPE

Er champán, señorito, er champán.

ARNOLDO

¡Qué champán ni qué calabazas!

FELIPE

Ah, ya sé lo que ha sío; ya está todo explicao.

ARNOLDO

A ver.

FELIPE

Yo vi una comedia que se titula *Franjales*—se escribe «Frescales»—en que un señó jues, de día armenistraba justisia, y de noche se iba a robar; y es que tenia eso que se llama la doble personalidá. Pué que también uté sea un caso de doble personalidá.

ARNOLDO

Parece mentira que creas en tales majaderías.

FELIPE

Hay... servesa doble, y la doble vía; lo mismo pué haber la persona doble.

ARNOLDO

Sí; y el seis doble, y el triple anís.

(*Descreído*.)

FELIPE

Me parece que oigo la vos de don Paco.

ARNOLDO

¿Don Paco? ¿Qué querrá a estas horas?

FELIPE

Pase uté, don Paco.

ESCENA IX

DICHOS: DON PACO, por la derecha.

PACO

(*Muy grave, con bastón.*)

Buenos días.

ARNOLDO

¿Qué le trae por aquí?

PACO

¿Sabes lo del tiro?

ARNOLDO

¡Ejé! Para que yo pregunte: «¿Qué tiro?», y contestarme: «Tira la colilla».

(*Ríe.*)

FELIPE

(*Ríe.*)

No ha picao.... no ha picao....

PACO

No estoy para chuflas, amigo Arnoldo.

ARNOLDO

¿Se trata de algún tiro de mulas?

FELIPE

¿Del tiro de la chimenea?

PACO

Se trata de un tiro de revólver.

ARNOLDO

¿De un tiro de revólver?

PACO

Sí; ya te he dicho que no vengo de guasa. Dile a Felipe que se marche.

FELIPE

No hase farta que me lo diga. A mí me sobra con una indireta.

(*Vase.*)

ESCENA V

DON PACO y ARNOLDO.

ARNOLDO

A ver, desembuche usted.

PACO

¿Tú tratas en Madrid al ministro de Grasia y Justisia?

ARNOLDO

Ni sé cómo se llama. ¿Por qué me lo pregunta usted?

PACO

Para que me recomiendes a él, por que yo voy a presidio.

ARNOLDO

Usted se trae embotellada alguna combinación para que yo pique, y ya sabe que conmigo no hay de qué.

PACO

Hablo de formalidá, por mi salú.

ARNOLDO

¿Usted hablar de formalidad?

PACO

Sí, señor; voy a presidio, porque yo mato a uno.

ARNOLDO

¿A quién?

PACO

A un canalla.

ARNOLDO

Explíquese de una vez.

PACO

Al caso: Elsa, la huérfana recogida por Paula, no es de mi familia, pero como si lo fuera; habita bajo el mismo techo que yo y debo velar por ella como si fuera hija mía. ¿Estás?

ARNOLDO

Estoy.

PACO

Pues bien: esta madrugada, entre dos y tres, un mal nacido, un miserable, se ha colao en la huerta y ha pretendido meterse por la ventana del cuarto de Elsa.

ARNOLDO

¿Algún ladrón?

PACO

Ladrón, pero no de dinero, sino de honras.

ARNOLDO

¿Y rompió la ventana para entrar?

PACO

No, porque con el calor que hace la dejamos entreabierta.

ARNOLDO

Y el asaltante nocturno, ¿consiguió entrar en la casa?

PACO

Afortunadamente no, porque la institutris, que duerme en el cuarto inmediato, estaba despierta, oyó ruido en el jardin, corrió al cuarto de Elsa, se agazapó en la oscuridá y, a la lus de la luna vió cómo un señorito abría la ventana. Alexandra, que es de armas tomar, se fué a él y le echó mano al cuello; el otro, al verse descubierto, echó a correr; Alexandra tira de revólver, y ¡zás!, pero no pudo darle.

ARNOLDO

¡Qué lástima no le metiera la bala en la cabeza!

PACO

Si esa valerosa mujer no acertó a meterle una bala en la cabeza, aquí estoy yo para meterle cuatro. Yo voy a presidio.

ARNOLDO

¿Y Alexandra no reconoció al sujeto?

PACO

No, porque la luna le daba de espalda, pero ya me figuro quién es.

ARNOLDO

Y yo.

PACO

A ver si coinsidimos.

ARNOLDO

La cosa está clara: Ramón de Avilés.

PACO

Del mismo sospecho yo.

ARNOLDO

Yo no sospecho; yo afirmo. Ya sabe usted

que soy un clarividente; que a mí no se me oculta nada.

PACO

Por eso he venido a verte, porque tú eres un hombre de mucho pesqui.

ARNOLDO

Sostengo que ha sido Ramón, y se lo voy a demostrar a usted.

(*Toca el timbre.*)

ESCENA VI

DICHOS: FELIPE.

FELIPE

¿Llama el señorito?

ARNOLDO

¿Se ha levantado el señorito Ramón?

FELIPE

Está acabando de vestirse.

ARNOLDO

Que venga inmediatamente.

(*Vase Felipe.*)

ARNOLDO

¿Está usted seguro de que es usted Paco Blanes?

PACO

Me parece que sí.

ARNOLDO

Pues la misma seguridad tengo yo de que Ramoncito ha sido el canalla, el mal caballero que esta madrugada salió de esta casa con el intento de esa mala acción, y no se la perdono, puesto que yo le traje a Alcalá de los Infantes, le hospedé en mi casa y se lo presenté a ustedes.

PACO

¿Y qué crees tú que se debe haser con un señorito que prosede de esta manera?

ARNOLDO

Obligarle a casarse con Elsa, y si se niega pegarle un tiro; sí, señor, un tiro.

PACO

Esa palabra es mia.

ARNOLDO

Pues qué, ¿no hay más que allanar el domicilio de una familia honrada pretendiendo mancillar el nombre de una joven virtuosa como Elsa?

PACO

Como que el tiro de anoche ya es la comidilla del vesindario, y todo el mundo se ha enterao.

ARNOLDO

Y vaya usted ahora a persuadir a la gente de que el asaltante nocturno fué cogido in fraganti cuando iba a entrar y no cuando iba a salir.

PACO

Muy bien hablao.

ARNOLDO

Nada, nada: o se casa con ella, o un tiro en los sesos; si no se le pega usted, se lo pego yo.

ESCENA VII

Dichos: Ramón.

RAMÓN

(*A medio vestir.*)

¿Me llamabas?

ARNOLDO

Sí, siéntate. Siéntese usted, don Paco. Aquí vamos a hablar muy clarito, amigo Avilés. Ha llegado el momento de volver las cartas boca arriba. Don Paco, Paula no es sobrina de usted; la sobrina de usted es Elsa.

PACO

¿Quién te lo ha dicho?

ARNOLDO

Yo que lo adiviné.

PACO

Eres el mismo demonio.

RAMÓN

¿De modo que Elsa?...

PACO

Es mi verdadera sobrina.

RAMÓN

¿Y cómo lo adivinaste?

ARNOLDO

Como adivino tu infame conducta.

RAMÓN

¿Qué dices?

ARNOLDO

Sí, señor don Paco; este joven hacía el amor a Elsa.

PACO

Ya lo sé.

ARNOLDO

Ayer tarde ella le dijo que no en forma rotunda y terminante. ¿No es así?

RAMÓN

Así es, en efecto, pero...

ARNOLDO

Y éste, para vengarse o para obligarla, ha

cometido la mayor de las villanías que puede cometer un caballero.

RAMÓN

¿Cuándo?

ARNOLDO

Esta madrugada, entre dos y tres.

RAMÓN

¿Yo?

ARNOLDO

Tú, sí; no lo niegues.

RAMÓN

Pues ¿qué hice?

ARNOLDO

Pretender entrar en el cuarto de Elsa saltando por la ventana.

RAMÓN

¿Qué estás diciendo?

PACO

Usted, sí.

RAMÓN

¡No es verdad, lo juro!

ARNOLDO

¿Y eres tú el inocentón, el joven sencillo y de buenas costumbres, el que te llamas mi amigo? ¿Así pagas mi generosa hospitalidad y cuanto hice por ti?

RAMÓN

Eso es una calumnia infame. Yo soy incapaz de una acción como esa; y tu padre y Felipe son testigos de que me acosté a las once y no me he movido de casa; además, que para salir hubiera tenido que pedirle a Felipe la llave de la puerta de la calle.

ARNOLDO

(*Toca el timbre.*)

Que venga Felipe.

RAMÓN

Yo le juro a usted, don Paco, que soy inocente; comprenda usted que, de haber sido yo, no lo negaría; al contrario, lo afirmaria, y me valdría de ello para conseguir casarme con Elsa.

PACO

(Aparte.)

Tiene razón este chico.

(*Felipe por la izquierda*

FELIPE

Señorito.

ARNOLDO

¿Cuántas llaves de la puerta de la calle tenemos en casa?

FELIPE

Dos, nada má; una la guarda su papá debajo de la almohada; y otra, la que usté tiene para su uso particular. Y anoche, cuando se iba usté a acostar y entré pa quitarle a usté las botas, la puso usté sobre esta silla.

ARNOLDO

Sí, lo recuerdo. No, pues... aquí no está.

FELIPE

(Toma la americana de Arnoldo, y del bolsillo interior saca una llave.)

Aquí la tiene usté.

ARNOLDO

¿En la americana?

FELIPE

Sí, señó; se conose que cuando se volvió usté a levantar, entre dos y tres, a la vuelta la dejó usté metía en la americana.

(*Vase.*)

PACO

(*Aparte.*)

Hola, hola.

RAMÓN

Ah, ¿conque saliste otra vez de casa, entre dos y tres?

ARNOLDO

No sé...

RAMÓN

Eso acaba de asegurar Felipe.

PACO

Total, que esta llave ha sido usada dos veces esta madrugada.

RAMÓN

Naturalmente.

PACO

¿Qué dises a esto, Arnoldo?

Arnoldo [redacted]

No sé qué decirle a usted...

RAMÓN

Pues yo sí que lo sé. Ya que hemos convenido en volver las cartas boca arriba, aquí que-

da una boca abajo y la voy a volver yo. ¿Saben ustedes por qué he sido desairado por Elsa? Porque está enamorada de Arnoldo.

ARNOLDO

Eso serán figuraciones tuyas.

RAMÓN

Eso me lo confesó ella misma ayer tarde; cayéndosele las lágrimas, me dijo: perdone usted; usted es un joven muy apreciable, pero yo no puedo corresponderle, porque amo a otro. Después pregunté a Alexandra y me aseguró que ese otro eres tú.

ARNOLDO

¿Yo?

RAMÓN

Tú, sí; y ninguna joven hace semejante afirmación si antes no ha sido solicitada. ¿Y eres tú el que me llama mal amigo? Tú, que estás haciendo el amor a Elsa y no para casarte con ella, como hace todo hombre digno, sino para pretender saltar por la ventana de su cuarto, diciendo luego que fui yo el asaltante.

ARNOLDO

Pero, ¿qué sarta de disparates estás enjaretando?

RAMÓN

No son disparates.

PACO

(*Amenazador.*)

¡Arnoldo... Arnoldito!

ARNOLDO

Pero, ¿hace usted caso de lo que dice este majadero?

PACO

No tengo más remedio que hacer caso.

RAMÓN

Y hace usted muy bien, porque digo la verdad. Te has portado como un mal amigo; ahora voy a contarle a tu padre la iniquidad que pretendiste cometer con Elsa, la que intentas cometer conmigo, y por la que yo debía matarte.

ARNOLDO

Sí, hombre; nos mataremos, si quieres.

(*Transición.*)

RAMÓN

No, yo no puedo matarte, porque si tú murie-

ras, la pobre Elsa moriría de pena; no puedo matarte, no... no puedo matarte...

(*Vase.*)

ESCENA VIII

ARNOLDO. PACO

PACO

Quiere desirse que el de esta madrugada no fué Ramonsito.

ARNOLDO

Ni yo, don Paco, créame.

PACO

Arnoldo, que te conozco, y no he de consentir que el retrato de mi sobrina figure entre los de tus víctimas.

(*Por los retratos que hay en la pared.*)

ARNOLDO

¿Ve usted cómo se engaña? Esas no son mis víctimas; yo fuí víctima de ellas; todas me maltrataron.

PACO

Y ahora te vengas maltratando a las que en-

cuentras al paso, y has ido a dar con la infeliz de mi sobrina.

ARNOLDO

Don Paco; que yo no cometo indignidades.

ESCENA IX

DICHOS: DON DIONISIO y RAMÓN

DIONISIO

Arnoldo, ¿es verdad lo que acaba de contarme Ramón?

ARNOLDO

¡No!

DIONISIO

Hijo mío, lo que has hecho no es digno de ti. Todo te lo perdono menos el que manches mi apellido.

ARNOLDO

¿Usted también me cree capaz de esa villanía?

DIONISIO

Desgraciadamente, no tengo más remedio que creer: te acostaste a la una; saliste entre dos y tres, cosa que te empeñaste en negar; y

está plenamente demostrado por la doncella, la llave y las botas sucias; conque ten el valor de tus actos y no niegues lo que es evidente.

ARNOLDO

Pues lo niego, si; es decir... a no ser que se trate de un caso de sonambulismo...

PACO

No me vengas con sonambulismos; y si te traes la martingala del sonambulismo, buscaremos un cura sonámbulo para que te case; y si te niegas, te abro la cabeza con este sonambulismo.

(*Bastón.*)

DIONISIO

Mi hijo cumplirá como caballero.

ARNOLDO

Pero señores: o yo estoy loco, o lo están ustedes, o lo estamos todos. Yo no niego que observé en Elsa alguna predilección por mí, algo de simpatía, pero por eso, precisamente, quería marcharme esta tarde.

PACO

Es claro, después de hecho el daño, ahí queda eso.

ARNOLDO

Pero véngase a razones: si no ha sido Ramón ni he sido yo, puede haber sido un tercero.

DIONISIO

Sí; convengamos en que Arnoldo tiene razón.

PACO

Es verdad, no había caído en ello.

RAMÓN

Ni yo.

ARNOLDO

¿Lo ven ustedes?

DIONISIO

Ya decía yo que Arnoldo era incapaz...

PACO

Pues nada, chico; dispensa, pero tú no te vas a Madrid hasta que se aclare el misterio; porque esa segunda salida, y lo de la llave y lo de las botas... no sé qué te diga, Arnoldo.

ARNOLDO

Bueno, pues me quedaré.

ESCENA X

DICHOS: FELIPE, luego ALEXANDRA

FELIPE

Señor.

DIONISIO

¿Qué hay, Felipe?

FELIPE

La institutris de la sobrina de don Paco quiere hablar ahora mismo con el señorito Arnoldo.

PACO

¿Alexandra?

FELIPE

Sí, señor.

PACO

Que pase aquí.

ARNOLDO

¿Voy a recibirla en este traje?

PACO

A la cama.

(*Arnoldo se mete en la cama.*)

FELIPE

Pase usted, carne de Chicago.

ALEXANDRA

¿Donde está ese caballero?

ARNOLDO

En la cama, señora.

ALEXANDRA

Yo no soy señora: soy señorita; y esta señorita viene para desirle an la presensia de su padre de usted, que usted, en la madrugada que se ha pasado, pretendió saltar por la ventana del cuarto de la señorita Elsa.

ARNOLDO

¿Yo?

ALEXANDRA

Usted, sí; usted, señor Arnoldo Sifuentes.

ARNOLDO

¡Si me levanto, no respondo de mí!

ALEXANDRA

Levántese si se atreve; no me hase temor la diferensia de sexo.

DIONISIO

Calma, señores, calma.

PACO

¿Conque calma?

ALEXANDRA

No puedo tener de la calma por la acsión de su hijo de usted. Anoche, eran las dos e treinta y sinco minutos de la madrugada, yo escuché pasos an el jardín, e después ventana que se abrió cuidadosamente; tomé revólver e pasé corriendo al cuarto de Elsa. Un hombre estaba an ventana dispuesto saltar dentro; yo no vi cara, pero adiviné este caballero.

ARNOLDO

Diga usted, Alexandra: ¿anoche, al acostarse, bebió usted whyski?

ALEXANDRA

Yo no bebí whyski, e cuando bebo sé haser con la moderasión; e si usted me hase insulto, mujer que soy, estoy capaz de echar a usted mano a cuello como eché la madrugada que se ha pasado.

ARNOLDO

¿Que usted me echó mano al cuello?

ALEXANDRA

Sí, señor; e no pude estrangularlo porque usted se hiso caer al jardín e quedó en la mano mía su alfiler de brillantes e un trozo de su corbata; e yo disparé revólver e usted escapó como liebro.

ARNOLDO

¡No es verdad!

FELIPE

Pa mí que se está usté colando.

ALEXANDRA

¡Yo no colo!

(*Amenaza a Felipe, que huye y vuelve.*)

De mi boca no ha salido nunca mentira.

DIONISIO

Alexandra es incapaz de mentir.

ALEXANDRA

(*Del bolso de mano saca un alfiler.*)

Usté no puede haser negasión que es suyo este alfiler.

ARNOLDO

Sí; es el mío...

PACO

¡Hola, hola!

ARNOLDO

No acierto a explicarme...

ALEXANDRA

Tampoco puede haser negasión que este troso de corbata es de la suya corbata.

(*Trozo que sacó del bolso.*)

ARNOLDO

No lo niego; es de la corbata que anoche me puse...

ALEXANDRA

Oh, no puede haser negasión.

(*Toma la camisa de Arnoldo, que está colgada cerca de la cama; en el cuello de dicha camisa está la corbata puesta, con el trozo de menos.*)

Aquí está la suya camisa con corbata puesta an cuello; e a la corbata falta troso que yo

arranqué; miren ustedes como hase coinsidensia.

RAMÓN

Es verdad.

PACO

Exacto.

DIONISIO

Arnoldo, el negar es inútil.

PACO

Naturalmente.

ALEXANDRA

E miren cuello de camisa arrugado e ojal de botón roto por la mía mano.

DIONISIO

¿Qué contestas, Arnoldo?

ARNOLDO

Que no sé si estoy despierto o soñando; ya veo què todo me acusa, pero te juro que si he sido yo el asaltante fué de modo inconsciente, sin darme cuenta; y que soy irresponsable, pues nunca pensé en esa señorita.

ALEXANDRA

Usted ha pensado; usted ha hecho amor a Elsa.

RAMÓN

¿Lo ves? ¿Lo ves?

ARNOLDO

¿Quién lo ha dicho?

ALEXANDRA

Elsa me ha dicho a mí.

ARNOLDO

Elsa no puede haber hecho esa afirmación. Yo necesito hablar con ella ahora mismo.

(Va a saltar de la cama.)

ALEXANDRA

¡Oh! Respete usté presensia mia; yo no debo ver paños mayores.

FELIPE

Pues vuélvase de espaldas.

ARNOLDO

Voy a llamar a Elsa por teléfono.

(Intento de levantarse.)

ALEXANDRA

Es inútilmente; Elsa está en cama, enferma del gran disgusto.

DIONISIO

Lo comprendo; pobre niña.

ALEXANDRA

Si an lugar de estar España estuviese mi país, usted iría de justisia, e si yo fuese Elsa usted casaría conmigo o yo metería bala an cabesa de usted.

PACO

Esa palabra es mía.

ARNOLDO

Pues bien, diga usted a Elsa que me mate, y acabemos de una vez.

ALEXANDRA

Elsa no matará a usted porque es pobre niña inosente, e prefiere perdonar a usted e morir de amor.

RAMÓN

¡Pobre Elsa!

PACO

Arnoldito, tú mismo me has dicho el castigo que merece quien a tanto se atreve.

ARNOLDO

Sí, señor; pero hagan el favor de no mortificarme más. Váyanse, se lo suplico. Necesito quedarme solo para reflexionar, para pensar, para convencerme de que no soy víctima de un mal sueño. Déjenme, se lo suplico.

DIONISIO

Piensa en lo que has hecho.

ARNOLDO

¡Perdona, papá; no escucho más!

PACO

Queda con Dios; pero ten entendido que de esta casa no sales más que para la Vicaría o para la Necrópolis.

ARNOLDO

¡Saldré para la Necrópolis!

PACO

Bueno, pues yo voy a presidio.

(*Vase.*)

ARNOLDO

¡Casarme, nunca!

ALEXANDRA

Luego disen de hidalguía española; de caballeros que peleaban por honor de dama desconosida.

ARNOLDO

¡Déjeme usted en paz!

DIONISIO

Piensa en la situación de esa pobre niña; no amargues los últimos días de mi existencia, y cumple como caballero.

(*Vase.*)

RAMÓN

Arnoldo, la pobrecita Elsa te ama con toda su alma. No seas cruel y apiádate de ella.

(*Vase.*)

ARNOLDO

¡Apiadáos todos de mí!

ALEXANDRA

Señor Arnoldo Sifuentes, yo llamo su caballerosidad e me espero dará su última determi-

nasión; e tenga presente que de usted depende la vida de una criatura que muere enamorada de usted. Usted me dise qué ha resolvido.

ARNOLDO

¡Pues he resolvido invitarla a usted a que se marche!

ALEXANDRA

Yo no marcho sin llevar última resolusión.

ARNOLDO

¡Pero usted no es una institutriz! ¡Usted es Wilson!

ALEXANDRA

Yo no marcho.

ARNOLDO

Pues me va usted a ver en camisa.

(Salta de la cama.)

ALEXANDRA

¡Oh! ¡Choquín! ¡Choquín!

(Vase corriendo.)

ESCÉNA XI

ARNOLDO y FELIPE

FELIPE

Buena gatada ha hecho uté, señorito; pero buena.

ARNOLDO

¿Tú también, Felipe? ¿Tú también?

(*Amenazador.*)

FELIPE

Yo y to er mundo; en la poblasión no se habla de otra cosa que del tirito de esta madrugá; y que ha sío uté er causante está má claro que la luz. Pero no se apure uté, que yo le curaré el sonambulismo; así que se acueste, le riego el suelo con tachuelas y no vuelve uté a levantarse.

ARNOLDO

De manera que... ¿he sido yo?

FELIPE

Y lo malo no es solamente que la señorita Elsa se muera del disgusto, sino que si uté no cumple como un hombre de bien, esto le cuesta la vida a su papá de uté.

ARNOLDO

¡Esto es para volverse loco!

(*Se arroja sobre la cama, desesperado.*)

FELIPE

¡Buėna gatada ha hecho uté! Buena, buena buena.

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Es una tarde del mes de Junio.

ESCENA PRIMERA

ANSELMO, arreglando unas macetas. DON PACO, por el foro; en seguida, ANSELMO, por la derecha.

PACO

¡Ansermo!

ANSELMO

Señor.

PACO

¿Han traído er diario de la tarde?

ANSELMO

Sí, señor.

PACO

¿Dónde está?

ANSELMO

Me parece que es éste.

(*Sobre un asiento.*)

PACO

Si; éste es.

(*Lee.*)

El Alcalino Infantil, diario de Alcalá de los Infantes.

ANSELMO

(*Sigue arreglando las macetas.*)

Hace poco estuvo aquí el señorito Arnoldo preguntando por uté. Le dije que había uté salío. Después preguntó por la señorita Elsa. Le dije que estaba enferma, y se quedó un rato paseando por aquí fuera, mu procupao y caviloso, hablando solo. Y cansado de esperar, se fué y dijo que aluego volvería...

PACO

Está bien...

ANSELMO

Yo me premití soltale una indireta tocante al tiro de esta madrugá, y no sabe usté cómo se puso; creí que se me comía.

PACO

Lo creo.

ANSELMO

Como si hubía comío tigre.

(*Poco después vase por la derecha.*)

PACO

(*Se ha sentado y lee el diario.*)

¡Hola! «Mañana debuta en esta localidá la compañia de comedias Gómez-Peláez. Estrenos: *La señorita está inapetente*, *La señorita está que toca el cielo con las manos*, *Felisa tiene una nube en un ojo*, *La muchacha que le falta todo*, *Emilia quiere un canario flauta.*» Vaya unos titulitos que me gastan ahora.

ESCENA II

DON PACO. Por el foro, CELES y DOÑA PETRA.

PETRA

Buenas tardes.

PACO

Hola, doña Petra.

PETRA

Ya nos han contao lo susedido esta madrugá.

CELES

No se habla de otra cosa.

PETRA

Al prinsipio hubo quien pensó si el atrevido había sido Ramonsito.

CELES

¡Qué había de ser Ramonsito, si el pobre no se atreve a nada!

PETRA

Pero ahora todo el mundo señala a Arnoldo con el dedo.

PACO

Menos yo, que le voy a señalar con una estaca.

PETRA

¿Y Elsa?

PACO

Con una tristesa que se nos muere.

CELES

Como yo estuve, pero a mí ya se me pasó, porque seguí los consejos de Elsa.

PACO

Ya he visto que te gusta Ramonsito.

CELES

Y yo también le gusto a él; pero como es así, hasta ahora no me ha dicho nada.

PETRA

Ni te dirá.

CELES

O sí que me dirá.

PACO

Mira, si Ramonsito no pica, anúnsiate en el periódico, como esta señorita.

PETRA

¿Una señorita que se anuncia?

CELES

¿A ver?

PACO

Oigan ustede: «Copiamos de un diario de Nueva York: Casamiento rápido. Soy una señorita de veintidós años, bonita, esbelta y sentimental; de cabello rubio, sin recurrir al tinte, y ondulado sin necesidá de tenasillas. Deseo un joven distinguido, inteligente, cuidadoso de su persona, con la boca muy limpia, delgado y muy culto, para compartir con él las delisias del hogar, y terminada nuestra dulse existensia, reposar juntos en una tumba de mármol rosado, rodeada de crisantemos, adelfas y jasmines. Dirigirse Matrimonial Exprés, Nueva York, 5.ª Avenida, 257.»

PETRA

¡Jesús, qué desvergüensa!

CELES

No veo la desvergüenza.

PETRA

Pues yo sí; anunsiarse una señorita como si se tratase de un piano de lanse. ¿Dónde se ha visto?

CELES

Se ha visto y se ve en el extranjero; en las naciones menos anticuadas que la nuestra.

¿Qué es el esposo? Nuestra media naranja; pues esa media naranja, lo mismo puede estar aquí que en la China; y, anunciándose, es la manera de dar con ella más fácilmente. ¿Por qué no se casan muchas jóvenes de aquí? Porque su media naranja está en Pekín, en Londres, o vete a saber.

PETRA

(*Reconviniéndola.*)

¡Pero niña!

PACO

Déjela usté que se explique.

CELES

Cuando se pierde un pendiente o un gemelo, ¿no se anuncia para encontrarlo? Pues lo mismo debemos de hacer para encontrar nuestro compañero.

PETRA

Vaya unas teorías, hija mía.

PACO

Ná; se conose que Elsa le ha dao lesiones.

CELES

Sí, señor; me ha dao lecciones, y muy provechosas. Elsa es una joven que piensa y razona

a la moderna; y si todas pensáramos y procediésemos lo mismo, no habría tantas solteronas en Alcalá de los Infantes. ¿Por qué tengo yo que aceptar a uno de los que me hagan el amor, si ninguno de ellos me gusta? Si yo me enamoro de un joven, y comprendo que él, y nada más que él, ha de hacer mi felicidad, ¿por qué no he de poder decirle que le quiero?

PACO

¿Lo ve usted? Es una discípula de Elsa.

PETRA

Y aprovechada.

PACO

Yo, ¿qué quiere usted que le diga? Me parece que su hija tiene razón.

PETRA

Pero no creo que tenga el atrevimiento de declararse a Ramonsito.

CELES

No lo sé; según se presenten las cosas, porque, como gustarme, me gusta mucho, y es muy bueno, y viste bien; y no es tan soso como pensais, porque esta mañana me dijo: «Es usted española, pero, por lo salada, parece usted de Escocia.»

PETRA

Pues te llamó bacalao.

CELES

No, señor; me llamó salada.

PACO

(*Aparte.*)

¡Agua!

CELES

Y hasta me hace mucha gracia la dificultad con que pronuncia las *eges;* sobre todo, cuando dice que se llama Jamón de Avilés.

PACO

Digo, y con lo caras què están las subsistencias: ¡Jamón de Avilés!

PETRA

Pues con tu pan te lo comas; allá tú.

CELES

Comprendan que hoy el casarse es cosa difícil.

PETRA

Hoy está difísil todo; y cada vez peor.

PACO

Doña Petra, ¿no cree usted que ha de llegar día en que hasta sea difísil morirse de hambre?

PETRA

Sí, señor.

PACO

(*Ríe.*)

¡Ha picao, doña Petra!

PETRA

¿Qué he picao?

CELES

Has picao, mamá; ¿cómo ha de ser difícil el morirse de hambre?

PETRA

¡Jesú qué martirio con este don Paco, que no deja la picadura ni con el disgusto que tiene en su casa. ¡En la cara le habían de salir las picaduras!

ESCENA III

DICHOS: RAMÓN, por el foro.

RAMÓN

Buenas tardes.

CELES

Muy buenas, Ramón.

RAMÓN

Mañana temprano me vuelvo a Madrid, y vengo a despedirme de don Paco.

PACO

Que lleve usted buen viaje.

CELES

¿Se marcha?

RAMÓN

Sí; luego iré a despedirme de ustedes a su casa.

PETRA

Muchas gracias.

CELES

Mamá, dile a Elsa que luego entraré a verla.

PETRA

Bueno, voy a decírselo.

(Vase a la casa.)

PACO

(Socarrón.)

¿Quieres que vaya a decírselo yo también?

CELES

Bueno; si es usted tan amable...

PACO

(Aparte a Celes.)

¡Anda con él!

(Vase a la casa.)

ESCENA IV

CELES Y RAMÓN.

CELES

¡Qué poquito tiempo ha estado usted aquí!

RAMÓN

Catorce días.

CELES

Dos... semanas.

RAMÓN

Eso es: dos semanas... catorce días...

CELES

A mí se me han hecho dos segundos.

RAMÓN

El tiempo corre que vuela.

CELES

¿Por qué se marcha usted tan pronto?

RAMÓN

Porque sufro mucho; y mientras esté aquí, mi alma se tortuga.

CELES

(Aparte.)

¡Tortuga! ¡Dice «tortuga»!

RAMÓN

¿Decía usted?

CELES

Digo que... que yo también estuve con la misma tristeza que usted, y por igual motivo, pero supe olvidar; y le aconsejo que me imite: las dolencias del corazón tienen tratamiento; las heridas de un desengaño cicatrizan aplicándoles una nueva ilusión, viviendo con la esperanza de un nuevo amor. Y yo, que estuve a punto de morir de pena, ahora soy feliz con la esperanza de que el joven a quien amo sepa comprenderme.

RAMÓN

(Aparte.)

¡Tiene un volcán en el pecho!

CELES

Usted encontrará otra que le quiera; no todas han de desairarle.

RAMÓN

Es tan difícil adivinar la que ha de correspondernos...

CELES

Sencillísimo; está usted hablando de amor con una muchacha amiga, como ahora nosotros; si ella le mira a usted así, es que piensa corresponderle.

RAMÓN

(*Aparte.*)

¡Uy, qué parpadeo de ojos!

CELES

Ya ve usted si es sencillo.

RAMÓN

Que sí, que sí... De modo que si ella me mira... a ver, repítalo para fijarme bien.

CELES

No, no; otra vez, no; podia usted creer que lo hago con intención.

RAMÓN

Era para aprenderlo...

CELES

Pues quédese unos días más.

RAMÓN

¿Usted lo desea?...

CELES

Sí; para que vea usted una finca que tenemos en el campo; una huerta, una casita blan-

ca con su emparrado, rodeada de flores y medio cubierta de hiedra; *parece poca cosa, pero produce lo bastante para vivir cómodamente una famila;* y es un conjunto tan poético, tan risueño, que si me acompañara usted tres o cuatro tardes su tristeza se convertiría en alegría de pajarillo a la salida del sol.

(*Pequeña pausa.*)

RAMÓN

No sé qué hacer...

CELES

Anímese usted...

RAMÓN

Ya... me voy animando, porque es muy halagüeño lo que me propone; pero es el caso que ya he telegrafiado a mi casa diciendo que voy.

CELES

Telegrafía usted diciendo que se queda. ¿Se anima?

RAMÓN

Bueno; lo pensaré.

ESCENA V

DICHOS: por la derecha, ANSELMO con un nido; PETRA, de la casa.

ANSELMO

¡Miren ustedes, miren!

RAMÓN

¿El qué?

ANSELMO

¡Un nido, con los huevesitos asules! Parece cosa de confeturía.

PETRA

A ver, a ver.

CELES

¿Qué has hecho, bárbaro? Los nidos no se tocan.

RAMÓN

Eso debe respetarse.

ANSELMO

Como éste es tan bonito...

CELES

Razón de más. Trae.

(Le quita el nido.)

Ramón, ¿vamos a colocarlo en su sitio?

RAMÓN

Vamos, sí.

ANSELMO

Yo les diré dónde estaba; vengan por aquí.

PETRA

(Aparte.)

Vamo a colocar el nidito. Quiera Dió que tengamo cría.

(Vanse por la derecha.)

ESCENA VI

De la casa, DON PACO; luego, ALEXANDRA. Después, ARNOLDO, por el foro.

PACO

(Sofocado y limpiándose el sudor con el pañuelo.)

Pues, señó; es la primera vez en mi vida que me pasa una cosa como ésta: se me acaba de

declarar la institutris. Esto lo publico yo en el *Alrededor del Mundo*, y me disen que es coladura. Como uno no está hecho a estas costumbres, me ha cogío tan de sorpresa, que se me ha subido er pavo y me he puesto a tartamudear como un colegial. Dise que de mi contestasión depende su felisidá. ¿Y qué le contesto yo?

(*Sale* ALEXANDRA *de la casa.*)

Aquí está mi *pretendienta.* Esto va a ser un compromiso.

ARNOLDO

(*Por el foro; agitado y nervioso.*)

Don Paco.

PACO

Hola, buena piesa.

ARNOLDO

Necesito hablar con Elsa ahora mismo, en seguida.

ALEXANDRA

Elsa está enferma de cama.

ARNOLDO

¡Pues pasaré donde ella esté!

PACO

Oye, oye; ¿qué es eso de que pasarás?

ALEXANDRA

Si usté quiere pasar, yo impediré.

PACO

Diga usted a Elsa que aquí está el trucha.

ALEXANDRA

Yo no sé qué cosa es trucha.

PACO

El punto este.

ALEXANDRA

Voy a ver si está en condisiones de levantar de cama y si quiere resibir trucha.

(Vase a la casa.)

PACO

No creo que quiera resibirte.

ARNOLDO

¡Pues tiene que recibirme!

PACO

Si puede; porque la pobre está más muerta que viva.

ARNOLDO

Aunque se esté muriendo; yo no me muevo de aquí sin hablar con Elsa. ¡Lo exijo!

PACO

Pero ¿qué es eso de «lo exijo»? ¿Quién eres tú para exigir nada a mi sobrina? Eso de exigir lo dejas para cuando estéis casados.

ARNOLDO

¿El qué? ¿Casarme yo? Vamos, hombre; usted no me conoce a mí.

PACO

Mira, Arnoldo, si has de hablar con Elsa, es presiso que aplaques esos nervios. Mientras mi sobrina se viste, date un paseíto por la huerta; anda.

ARNOLDO

Bien; pero conste que yo no vuelvo a mi casa sin hablar con Elsa.

(Vase por la derecha.)

PACO

Hablarás con Elsa.

ESCENA VII

DON PACO: ALEXANDRA, de la casa.

ALEXANDRA

Ya está vistiendo.

PACO

(Aparte.)

Mi pretendienta. Y como guapa, es guapa. Oiga usted, Alexandra.

ALEXANDRA

Diga usted.

PACO

Debo advertir a usted que yo no soy soltero.

ALEXANDRA

¡Casado!

PACO

Viudo.

ALEXANDRA

No me hase importansia ser su segundo amor.

PACO

No; si acaso, sería usté el primero, porque yo me casé sin querer casarme; me salió una esposa como a quien le sale un divieso.

ALEXANDRA

No puedo creer.

PACO

Pues lo creerá: yo, en esto del matrimonio opinaba como Arnoldo, y pensaba morir soltero; pero me dió er tifus; y a consecuensia de la calentura tuve un ataque a la cabesa; estuve un año loco perdío, sin darme cuenta de mis actos; y cuando volví a la rasón, me encontré casao, sin saber cómo había sido.

ALEXANDRA

Usted hase chunga.

PACO

Hablo de veras. Usté es una mujer que me gusta a mí.

ALEXANDRA

Gusto a muchos.

PACO

No me extraña, porque es usté una mujer que me río yo de Agustina de Aragón.

ALEXANDRA

Oh, no; usté me hase mucho favor...

PACO

Quiero desir que se lo merese usté todo; pero tendrá usté que esperarse a que me dé otra vez er tifus.

ALEXANDRA

Es demasiado esperar. Usted hase pienso e consulta con el sigo mismo.

PACO

Pero si me pregunto a mí mismo, ¿quién me va a contestar?

ALEXANDRA

Consulte sus padres.

PACO

No puede ser, porque se han muerto; pero tendrá hoy mismo mi contestación en forma que ha de quedar contenta, yo contento y tuti contenti.

ALEXANDRA

Muchas grasias.

PACO

Conque, Olray, verigüel y chachipé.

(Aparte.)

¡Ole, mi cuerpo!

(*Entra en la casa.*)

ESCENA IX

ALEXANDRA; por el foro izquierda, VIRGILIO; en seguida, por el foro derecha, VIZCONDE.

VIRGILIO

(*Saludando.*)

Alexandra.

ALEXANDRA

¿Viene por ver a Paula?

VIRGILIO

Sí.

ALEXANDRA

No está.

VIZCONDE

Muy buenas.

ALEXANDRA

¿Qué dise San Roque?

VIZCONDE

Vengo a saludar a Paula.

ALEXANDRA

Paula está an el teatro.

VIZCONDE

Habrá ido a abonarse.

ALEXANDRA

Ha ido a ensayar.

VIRGILIO

¿A ensayar?

ALEXANDRA

Debuta mañana.

VIZCONDE

¿Que debuta mañana?

ALEXANDRA

Ella es característica de compañía Gomes-Peláes.

VIRGILIO

Me parece una absurdidad.

VIZCONDE

¿Cómo es posible, debutar en el teatro la sobrina de don Paco?

VIRGILIO

¡Y de característica!

VIZCONDE

Y en una compañía de poco más o menos.

VIRGILIO

¡En la pipi!

ALEXANDRA

Paula no es sobrina de don Paco.

VIZCONDE

¿No?

ALEXANDRA

La verdadera sobrina de don Paco es señorita Elsa.

VIRGILIO

Entonces, ¿quién es Paula?

ALEXANDRA

Cómica sin contrata que estaba Cádis, e pusimos por figurar sobrina de don Paco, hasta que Elsa encontrara esposo por amor e nada más que por amor.

VIRGILIO

Arnoldo, está visto.

ALEXANDRA

No sé.

VIZCONDE

De modo que... nosotros...

ALEXANDRA

Ustedes han picado.

VIRGILIO

Ya.

ALEXANDRA

Ustedes pueden ver Paula an el teatro; vayan mañana por noche; Paula debuta con comedia muy bonita e gustará ustedes mucho; sobre todo a San Roque; se titula: «Por dinero baila el perro...»

VIRGILIO

Desconozco esa comedia.

ALEXANDRA

En ella no hablan de pájaro asul, ni de tardes de cristal, pero presentan señoritos nobles, poetas, militares, todos muy caballeros, muy distinguidos, que hasen amor a vieja por dinero e despresian muchachas hermosas e jóvenes de la poblasión.

VIZCONDE

Está bien.

VIRGILIO

Entendido.

VIZCONDE

Señorita...

(*Saluda.*)

VIRGILIO

Servidor...

(*Saluda.*)
(*Virgilio y Vizconde vanse por el foro derecha.*)

ESCENA X.

ALEXANDRA. De la casa, DON PACO; luego, ARNOLDO; después, ELSA.

PACO

Ya se ha levantao mi sobrina.

ALEXANDRA

Voy buscarla.

(*Entra en la casa.*)

PACO

¡Arnoldo! Ven acá.

ARNOLDO

(*Por la derecha.*)

¿Y Elsa?

PACO

Ahora sale.

(*Sale de la casa* ELSA *apoyada en* ALEXANDRA, *y viene a sentarse a primer término.*)

PACO

Ahí la tienes. Mira qué cuadro.

ARNOLDO

Déjeme usted, don Paco.

(Don Paco dirige mirada amorosa a Alexandra y vase a la casa.)

ALEXANDRA

Señor de Sifuentes, aquí tiene su víctima.

ARNOLDO

Alexandra, mire usted lo que dice.

ALEXANDRA

Ya miro.

ARNOLDO

Hágame el favor de retirarse.

ALEXANDRA

No retiro.

ARNOLDO

Necesito hablar a solas con Elsa.

ALEXANDRA

Elsa está delicada e nesesita cuidados míos.

ELSA

(*Suplicante.*)

Déjela, Arnoldo.

ARNOLDO

Bueno, pues quédese.

ALEXANDRA

Lo mismo sería si dise márchese.

ARNOLDO

(*Aparte.*)

Esta institutriz me saca de quicio.

ALEXANDRA

Puede usted hablar; yo estoy de confiansa.

ARNOLDO

Amiga Elsa, ¿también usted me cree culpable?

ELSA

No, amigo Arnoldo; ni le creo culpable ni capaz de una mala acción.

ARNOLDO

Me alegro por usted más que por mí. Esta

mañana, al ver que todos los indicios me acusaban, creí volverme loco. Durante unas horas torturé mi cerebro pensando si sería yo un sonámbulo, un demente, o si estaría bajo la influencia de un mal sueño; pero por fin he visto claro, muy claro.

ELSA

Ya sé que es usted muy perspicaz.

ARNOLDO

No hace falta serlo para comprender que cuanto ha sucedido nada tiene de misterioso.

ELSA

Tenga la seguridad de que yo le ayudaré a descifrar lo que usted no haya comprendido.

ARNOLDO

En la madrugada última nadie entró en esta huerta ni nadie tocó la ventana de usted.

ELSA

Nadie.

ALEXANDRA

Nadie absolutamente.

ARNOLDO

Una persona de mi casa entregó a ustedes el alfiler y el trozo de corbata, y dispuso todo lo demás para acusarme. Ni mi padre ni su fiel criado Felipe son capaces de traicionarme; pero en mi casa hace cuatro días entró una doncella, y esa habrá sido la mano misteriosa, ¿no es así?

ELSA

Sí, señor.

ALEXANDRA

Esa donsella la mandé yo.

ARNOLDO

¿Y usted lo ha consentido, Elsa.

ELSA

No, Arnoldo,

ALEXANDRA

Yo sola estoy culpable. Todo eso hise yo sin que nadie supiera más que yo e su donsella Tomasa.

ELSA

A saberlo yo, jamás lo hubiera permitido; ¿cómo había yo de consentir que mi nombre, junto con el de usted, corriese de boca en boca

por la población? Y este es ahora el motivo de mi tristeza, de mi angustia...

ARNOLDO

Lo comprendo.

ALEXANDRA

Mía es culpa nada más.

ARNOLDO

¿Y era usted la que nunca faltaba a la verdad?

ALEXANDRA

He faltado esta una sola ves an mi vida, pero no por me favoreserme a mí, sino por librar de muerte a esta pobre criatura.

ELSA

Perdónela usted, Arnoldo; es que Alexandra me quiere mucho.

ARNOLDO

Demasiado; ya lo veo.

ELSA

Arnoldo, tal vez sea esta la última vez que nos veamos; quiero pedirle un favor: que guarde el secreto de lo hecho por Alexandra. Si lle-

gara a saberse, podrían creer que fué de acuerdo conmigo; ya ve usted qué vergüenza para mí.

ARNOLDO

Sí; pero, ¿cómo quedo yo?

ALEXANDRA

Arnoldo es caballero e no puede negar favor a una desgrasiada que muere de amor por él.

ELSA

¡Oh! ¡Calle usted, Alexandra, calle usted!

(*Esconde el rostro contra Alexandra, que la abraza.*)

ALEXANDRA

¿Por qué se ha de callar? Sentimientos del corasón no dependen de la nuestra voluntad, e usted no es culpable de estar enamorada de Arnoldo, e de amarle con toda el fuersa de su alma.

ARNOLDO

¿Qué dice usted?

ALEXANDRA

Ya sé que usted no cree en el amor, pero no

importa; usted creerá muy pronto cuando resiba noticia de que Elsa ha muerto. Entonses usted sufrirá remordimiento grande por no haber compadesido de ella.

ARNOLDO

La culpa será de usted, que por un exceso de cariño a Elsa nos ha colocado a ella y a mí en una situación difícil.

ALEXANDRA

La culpa será de quien no permite a mujeres el mismo derecho que a hombre. Elsa no tuvo atrevimiento para desir: «Arnoldo, yo te amo»; y es por esto que yo valí de prosedimiento para haser saber a usted e que usted no marchase hoy a Madrid.

ARNOLDO

Y vaya un procedimiento: hacerme pasar por un salteador nocturno.

ALEXANDRA

Si para hombres todos prosedimientos son buenos por conquistar mujer, para nosotras tiene que ser lo mismo.

(*Enérgica.*)

E yo hise bien; e yo soy contenta de haber hecho; e yo soy dispuesta a defender nuestro

derecho delante todos jueses del mundo. Sí, señor; yo impedido que usté escape Madrid; e yo hise bien; yo hise muy bien.

ARNOLDO

¿Y quién es usted para imponernos esa nueva costumbre?

ALEXANDRA

Soy que defiendo derecho de Elsa, e sin ruborisar ella puede desir que ama usted.

ARNOLDO

Eso... es mucho asegurar.

ALEXANDRA

Ella misma puede desir...

ARNOLDO

Elsa, ¿es verdad lo que dice Alexandra?

ELSA

Alexandra... no miente nunca.

(*Tiende una mano a Arnoldo.*)

ARNOLDO

Y yo la creo a usted. Yo era un descreído,

yo no creía en nada, pero encuentro gran sinceridad en sus palabras y esto me obliga a creer en el amor, que es creer en todo; y yo sería muy malo, muy perverso, si no correspondiera al amor de usted con toda mi alma.

ELSA

Gracias, Arnoldo.

ALEXANDRA

(Asomando por entre los dos.)

Felisito a ustedes por próximo enlase.

ARNOLDO

Usted se lo dice todo; ya no le falta más que señalar la fecha.

ALEXANDRA

Usted no guardará rencor a mí.

ELSA

¿Cómo ha de guardarle rencor después del bien que usted nos ha hecho?

ARNOLDO

Ya lo ha oído usted.

(A Alexandra.)

ESCENA XI

DICHOS: de la casa, DON PACO. Después, ANSELMO, por la derecha.

PACO

(*A Elsa.*)

¿Cómo te encuentras?

ELSA

Ya estoy mejor.

ALEXANDRA

Completamente restablesida.

PACO

¿Bien del todo?

ARNOLDO

Sí, querido don Paco; mejor dicho, querido tío.

PACO

Ah, comprendido; así se portan los hombres, querido sobrino.

(*Le abraza.*)

ANSELMO

Ya hemos dejao el nido en su sitio.

PACO

¿Qué nido?

ANSELMO

Uno con huevesitos asules, una presiosidá; vengan a verlo.

ELSA

(*A Arnoldo.*)

¿Vamos a verlo?

ARNOLDO

Vamos.

(*Vase por la derecha con Elsa.*)

PACO

¿Y por qué no hemos de verlo nosotros también?

ALEXANDRA

Como quiera. Vamos a ver nido de huevesitos asules...

PACO

(*Aparte.*)

Le voy a largar un sí como una casa.

(*Vase por la derecha con Alexandra.*)

ESCENA XII

Por foro, derecha, DON PATRICIO y DON DIONISIO; en seguida, DON PACO, por la derecha.

DIONISIO

(*Entrando.*)

No hay nadie. Ah, sí.

(*Llama.*)

¡Don Paco! ¿Hace usted el favor un momento, con permiso de Alexandra?

PACO

¿Qué hay, don Dionisio?

DIONISIO

Virgilio y San Roque acaban de decirme que Arnoldo es el prometido de Elsa, la verdadera sobrina de usted.

PACO

Sí, señor; y su boda es un hecho.

DIONISIO

¡Cuánto lo celebro!

PATRICIO

Y yo.

DIONISIO

(*Presenta.*)

Don Patricio Usandevaras, director de la Agencia Matrimonial «Mister Agen».

PATRICIO

Servidor.

DIONISIO

A este señor le encargué la difícil comisión de casar a mi hijo.

PATRICIO

Y yo, comprendiendo la imposibilidad de casarlo por el método directo, procedí por el indirecto, o sea hacerle venir a casar a otro. El problema es bien sencillo: con un pretexto cualquiera, poner a un joven cerca de una señorita hermosa y sentimental para que lo en-

rede entre los rizos de sus cabellos, o lo que es lo mismo: poner uno frente al otro los dos factores del producto; pues esto conseguido, ellos acaban por escribir el signo de multiplicar; es decir, por amarse.

DIONISIO

Hemos corrido el peligro de que Elsa se enamorase del otro.

PATRICIO

Peligro muy remoto, porque, para evitarlo, escogí a Ramón, que vale muchísimo menos que Arnoldo.

PACO

Camará, tiene usted una muleta que ni Belmonte.

DIONISIO

Aquí vienen.

(A Patricio.)

Márchese usted, que no le vean.

PATRICIO

No me marcho; quiero gozarme en mi triunfo.

ESCENA XIII

DICHOS: Por la derecha, DOÑA PETRA, CELES, RAMÓN, ELSA Y ARNOLDO.

CELES

¿Ya no te irás?

RAMÓN

No me separo de ti hasta que me reclamen mis papás.

ARNOLDO

Oye, papá.

DIONISIO

No me digas nada; ya sé que te casas.

ARNOLDO

Estarás contento.

DIONISIO

No podías escoger esposa más de mi gusto.

PETRA

Gracias a las teorías de la institutris, esto va a ser Alcalá de las Casadas.

PATRICIO

Amigo Arnoldo...

ARNOLDO

(Aparte.)

¡El de la Agencia Matrimonial!

PATRICIO

Le felicito.

ARNOLDO

(Aparte.)

¡Ahora comprendo!

PATRICIO

Ha conseguido usted que ninguno de esos otros se case con la sobrina de Blanes.

ARNOLDO

La experiencia de usted me ha vencido; pero amo a Elsa y yo se lo perdono y se lo agradezco.

PACO

(*A Arnoldo.*)

Ahora sí que has picao, pero bien.



ESCENA XIV

DICHOS: ALEXANDRA, por la derecha

ELSA

(*A Arnoldo.*)

Felicita a Alexandra, porque se casa con mi tío.

TODOS

¿Con don Paco?

PACO

Me ama... y... ¿qué le voy a hacer yo?

PETRA

¿Pero es verdá?

ALEXANDRA

Sí; don Paco también ha picado.

(*Al público.*)

No os burléis de nosotras si con sutilezas o

directamente declaramos nuestro amor, porque el Amor es caprichoso: le agrada sorprendernos hasta cuando le rechazamos. El sabe mejor que nosotras el camino más corto para llegar a su destino, y a él nos conduce contra nuestra voluntad.

TELON

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PABLO PARELLADA

Los asistentes, juguete en un acto.

La cantina, sainete en un acto.

Las olivas, cuento en un acto.

El Regimiento de Lupión, comedia en cuatro actos.

El filósofo de Cuenca, comedia en tres actos.

El figón, juguete en un acto.

Los motes o el gran sastre de Alcalá, sainete en un acto, en colaboración con D. Juan Colom.

La güelta e Quirico, juguete en un acto.

El teléfono, juguete en un acto.

El himno de Riego, episodio histórico en dos actos.

La vocación, comedia en dos actos.

De Madrid a Alcalá, sainete en un acto y tres cuadros.

Tenorio modernista, remembrucia enoemática y jocunda en una película y tres lapsos.

Lance inevitable, juguete cómico en un acto y tres cuadros.

Caricaturas, pasatiempo en un acto y cinco cuadros.

El maño, zarzuela en un acto, en colaboración con D. Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.

El celoso extremeño, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.

De pesca, diálogo en prosa.

El Gay Saber, sainete en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Alberto Casañal.

Los divorciados, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

El alegre Cacatica, opereta arreglada del alemán.

Mujeres vienesas, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

Tenorio musical, humorada en un acto y cinco cuadros.

Repaso de examen, entremés.

Recepción académica, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

Cambio de tren, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

A la orillica del Ebro, traducción y arreglo del juguete en un acto «El Avi» de Apeles Mestres.

Los macarrones, juguete, género gran guignol, en un acto.

Il cavaliere di Narunkestunkesberg, ópera humorística en un prólogo y tres cuadros.

La justicia de Almudébar, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Alberto Casañal.

El gran filón, monólogo en prosa.

En un lugar de la Mancha, comedia en tres actos.

La tomadora, entremés en un acto.

Pelé y Melé, entremés en un acto y en prosa.

Colonia veraniega, comedia en tres actos.

Los de cuota, refundición de «El Regimiento de Lupión».

¿Tienen razón las mujeres?, comedia en un prólogo y tres actos.

Lo que hace el vino, entremés publicado en «Blanco y Negro».